



# Capítulo 1

FABIÁN NOVAK | JORGE ORTIZ  
(EDITORES)

# EL PERÚ Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

*El Perú y la Primera Guerra Mundial*  
Fabián Novak y Jorge Ortiz (editores)

© Fabián Novak y Jorge Ortiz, 2014

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014  
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú  
Teléfono: (51 1) 626-2650  
Fax: (51 1) 626-2913  
feditor@pucp.edu.pe  
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: diciembre de 2014  
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,  
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-17984  
ISBN: 978-612-317-060-8  
Registro del Proyecto Editorial: 31501361401133

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

# LOS ORÍGENES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL<sup>1</sup>

José A. Pacheco de Freitas

*La parálisis de los pueblos bombardeados es uno de los resultados más trágicos de la invasión. El alma de uno se rebela ante esta insensible desorganización de innumerables actividades útiles. Comparada con las ciudades del norte, Rheims está relativamente menos dañada; pero por esa misma razón la parálisis de la vida parece más fútil y cruel. La plaza de la catedral estaba vacía; todas las casas alrededor estaban cerradas. Y ahí, delante de nosotros, se erguía la Catedral —una catedral, en verdad, porque no era la que siempre habíamos conocido—. Era, de hecho, como ninguna catedral sobre la tierra. [...] Y la impresión era todavía más maravillosa por el sentido de su evanescencia; el conocimiento de que esta es la belleza de la enfermedad y la muerte, de que cada una de las estatuas transfiguradas se desmoronaría bajo las lluvias otoñales, de que cada una de las piedras rosadas o doradas ya estaba carcomida por dentro, de que la catedral de Rheims brillaba y moría delante de nosotros como la puesta del sol [...].*

Edith Wharton

---

<sup>1</sup> Quiero agradecer a Ada Inés Sánchez Echevarría por sus valiosos comentarios y correcciones. Por supuesto, los errores que pudiera tener la versión final son de exclusiva responsabilidad mía.

## 1. INTRODUCCIÓN

La Primera Guerra Mundial fue, a la vez, el obituario de un mundo lleno de ilusión y grandes expectativas y el levantamiento del telón del violento, peligroso y paranoico siglo XX; una tragedia que constituyó el hecho fundacional del nuevo siglo. Supuso el fin del mundo decimonónico, con la fe de la civilización europea en el progreso humano, en que la expansión económica y social mejoraría el nivel general de vida de su población y en la existencia de una sociedad internacional basada en valores compartidos que extenderían el bienestar, la educación y la cultura. A cien años de su inicio, es pertinente reflexionar sobre la visión que hoy se tiene de esta catástrofe, después de una centuria de investigación histórica.

Existe una amplia corriente en la historiografía contemporánea que estudia las dos guerras mundiales como un solo proceso histórico, incluso se las trata como una nueva «Guerra de los Treinta Años». Sin embargo, para la memoria colectiva europea de la primera mitad del siglo XX, con la probable excepción de Rusia, la primera fue siempre «la Gran Guerra», el conflicto bélico que destruyó el mundo que conocían, malogró a sus jóvenes y diezmó a las poblaciones que la sobrevivieron: tras 1914, los números de las víctimas y los soldados pasaron a contarse en millones, no en miles. Ante esta imagen, la Segunda Guerra Mundial es la continuación de una enfermedad, una calamidad que azotó a comunidades que ya conocían la catástrofe, que ya estaban traumatizadas. Pese a la espantosa incorporación de nuevos horrores como el holocausto judío, los bombardeos masivos indiscriminados sobre poblaciones civiles o la llegada del temor permanente a la guerra nuclear, no es en 1939 donde está ubicado el horror en Europa, sino en 1914: en Verdún, Ypres o Somme, y no en las playas de Normandía o el sitio de Stalingrado.

Adicionalmente, está el problema de la culpa por la catástrofe. A diferencia del debate sin solución sobre la responsabilidad por los eventos de 1914, sobre 1939 se cierne la sombra de Adolfo Hitler y el

nacionalsocialismo como la encarnación de la responsabilidad por las tragedias de la Segunda Guerra Mundial, idea que pese a su inexactitud facilita aceptar la tragedia como obra de la maldad (Taylor, 1964, pp. 7-12).

En 1939 existía además el argumento de las condiciones de la paz de París de 1919 como causas de la nueva guerra, el temor a las tres cabezas del Cerbero totalitarista —el estalinismo, el nazismo, el fascismo—, la gravísima crisis económica de 1929 e incluso, o sobre todo, el malestar con la civilización, la percepción colectiva de que el siglo XX se había iniciado con una catástrofe fundacional y que la humanidad corría el peligro de aniquilarse a sí misma. Al contrario, se puede sostener que en la Primera Guerra Mundial no hubo culpables, que no es lo mismo que argüir que todos fueron inocentes: los líderes civiles y militares de los países beligerantes tuvieron, cada uno en distinta medida, responsabilidad por la catástrofe.

Antes de 1914 el sentido de lo trágico para las élites y la burguesía europeas eran sucesos como el naufragio del Titanic, asuntos domésticos como el incendio de un teatro en Viena o los desastres naturales (Hobsbawm, 1989, p. 328). Hacía un siglo que el mundo no conocía guerras masivas, que no veía grandes ejércitos como los movilizados en las guerras de la Revolución francesa en la década de 1790 o las napoleónicas en la década siguiente. La guerra de Crimea de 1853-1856 era la última guerra general, la cual había sido apropiadamente solucionada por el concierto de naciones europeas en una de las numerosas conferencias internacionales que se celebraron entre 1814 y 1914, un siglo de paz en la política internacional.

Es cierto que existían bárbaros que azotaban las puertas del reino, presentes en las revueltas domésticas de 1830 y 1848, que llevaron a Karl Marx y Friedrich Engels a proclamar que un espectro recorría Europa. Si bien estas pretendidas revoluciones propiciaron cambios de régimen en algunos Estados europeos, estos no son factores explicativos ni relevantes para una revisión de los orígenes de la Primera Guerra Mundial.

Sí pueden ser considerados hitos en el largo proceso de consolidación del parlamentarismo democrático y el auge del liberalismo en Europa, con las paradojas que ocasionó la expansión de los derechos ciudadanos *vis-à-vis* la necesidad de los gobiernos de mantener el control de las sociedades de masas, asunto que excede al presente estudio. De hecho, Ferguson identifica el triunfo del republicanismo sobre el monarquismo como una consecuencia de la Gran Guerra (1998, p. 434), aunque este parece ser un supuesto de falsa causalidad.

Aquel mundo de paz cesó en el verano boreal de 1914. El debate sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial ocupa bibliotecas enteras y hoy es imposible que alguna persona pueda estudiar todo lo que se ha dicho y escrito al respecto. La pregunta fundamental que se hacen desde hace cien años el historiador, el académico, el político, el militar y, sobre todo, el ciudadano europeo es por qué se fue a la guerra. Una respuesta apropiada requiere considerar un sinnúmero de factores desde el punto de vista de múltiples actores internacionales y sus agentes domésticos. Como recuerda Christopher Clark, en un trabajo reciente que habrá de convertirse en el nuevo manual sobre la Gran Guerra, si la investigación sobre la crisis de los misiles de 1962 en Cuba, en la cual solo había dos potencias en disputa, ha generado montañas de libros y análisis sin que estén completamente esclarecidos los hechos, una crisis como la de 1914, con al menos cinco actores de igual importancia involucrados, evidentemente ofrecerá muchas más dificultades (Clark, 2013, p. xxv).

Entre los debates historiográficos fundamentales están, sean cuales fueran las razones del inicio de la guerra, i) por qué se produjo en 1914 y no en alguna de las varias crisis anteriores, ii) si pudo ser evitada y iii) si hay algún Estado o gobierno responsable por ella. Estas consideraciones le dan contenido a la Gran Guerra como problema histórico y exigen al historiador pensar el mundo de 1914 desde la sociedad de aquella época, con los ojos de esa era y no con los actuales, con la información a la que entonces tenían acceso los tomadores de decisiones.

Este trabajo se concentrará en ello, estableciendo un diálogo entre las variables y factores más amplios, por ejemplo la estructura del sistema internacional, y los más específicos, como el proceso de toma de decisiones de un gobierno determinado. Solo a partir de esa dialéctica se podrá encontrar respuestas completas y satisfactorias, motivo por el cual es el método empleado por la historiografía contemporánea más relevante.

En seguimiento de un método que haga dialogar entre sí a las estructuras y a los accidentes, en las secciones 2 y 3 de este ensayo se presentarán las explicaciones más citadas sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial, el sistema de alianzas que dividió a Europa en dos bloques antagónicos y las acciones alemanas basadas en la asignación de culpa del Tratado de Versalles, para proceder a desmontarlas y exponer su insuficiencia. En la sección 4 se expondrán los factores de tensión en la política internacional, para presentar el contexto de la crisis de 1914, y en la sección 5 se explorarán las acciones adoptadas por las potencias intervinientes en ella, con especial énfasis en los procedimientos de toma de decisiones. A continuación, en la sección 6 se identificarán algunas propuestas alternativas para considerar dicho contexto, en particular estudios sobre las percepciones que buscan anacronismos. Finalmente se ofrecerán las conclusiones pertinentes.

## **2. LA ESTRUCTURA DEL SISTEMA INTERNACIONAL HACIA 1914**

En el Congreso de Viena de 1814-1815 las potencias europeas, incluyendo tanto las vencedoras como las vencidas, consolidaron un sistema edificado sobre la base de la estabilidad y el balance de poder —valores compartidos por todas ellas—, el cual permitió evitar guerras generales durante cien años, desde el final de las guerras napoleónicas hasta 1914. Durante el siglo XIX los conflictos internacionales fueron localizados, con ejemplos concretos como las tres guerras de la unificación alemana, dirigidas sucesivamente contra los ducados daneses

de Schleswig y Holstein en 1864, contra Austria en 1866 y contra Francia en 1870-1871; las batallas marginales del proceso análogo italiano (Solferino y Magenta en 1859); y las escaramuzas periódicas entre Rusia y Austria —y sus respectivos satélites— por el reparto de los territorios del Imperio otomano en Europa, especialmente en los Balcanes.

El sistema experimentó una serie de cambios profundos tras la unificación alemana en 1871, que modificó la correlación de fuerzas entre las potencias europeas y sacó de quicio el balance de poder preexistente. Desde su nacimiento, la Alemania unificada supuso un problema para otros Estados. En primer lugar, para el antiguo imperio austriaco, derrotado en la lucha por el predominio en el mundo germánico y con su estatus de gran potencia en tela de juicio. Tras la victoria alemana, Berlín se alió con Viena para poner freno a los intereses rusos en Europa oriental, en una muestra más de la flexibilidad de los alineamientos en política internacional antes del siglo XX. En segundo lugar, del mismo modo que el auge prusiano se dio a costa de la ocupación de la Silesia austriaca en 1740, la consolidación de la unificación alemana supuso una herida permanente en el orgullo nacional francés tras la anexión de las regiones de Alsacia y Lorena y la coronación del káiser Guillermo I en el palacio de Versalles. A diferencia de Austria, Francia jamás podría ser un aliado alemán y mantendría una posición irredentista respecto a sus provincias ocupadas, con lo cual se hacía sumamente improbable un nuevo concierto europeo que incluyera a París y Berlín. Se debe tener en cuenta que la otrora poderosa Francia borbónica había sido por doscientos años el titán que amenazaba la paz en Europa, el formidable opositor al equilibrio de poder y, por ello, fue combatida por sucesivas coaliciones en batallas que a menudo fueron libradas, con gran costo económico y social, en los territorios que luego serían unificados bajo la nueva corona alemana<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Entre ellas, la Guerra de los Treinta Años en 1618-1848, la Guerra de Sucesión Española en 1701-1714, la Guerra de Sucesión Austriaca en 1740-1748, la Guerra de los Siete años en 1756-1763, las guerras de la Revolución francesa en 1792-1802 y las Guerras Napoleónicas en 1803-1815.



En tercer lugar, Alemania se convertiría poco a poco en el gran rival de la potencia dominante a fines del siglo XIX, el Reino Unido. Para Gran Bretaña, las ambiciones alemanas por «encontrar un lugar bajo el sol», el aumento de su potencial naval y sus aspiraciones de expansión colonial en ultramar supusieron un serio cuestionamiento que eventualmente debía recibir respuesta. Las relaciones entre Alemania y el Reino Unido serán presentadas más adelante, dada su relevancia en el debate sobre los orígenes de la Gran Guerra.

Teniendo en cuenta estos factores, mientras Otto von Bismarck fue el canciller de Alemania<sup>3</sup>, el nuevo Estado unificado mantuvo una actitud prudente en su política exterior, al fomentar la estabilidad internacional a partir del control de la política exterior de su vecino germánico, Austria, y al oponerse a las incursiones rusas en los Balcanes a partir de su alianza con Viena. El interés alemán era restablecer el balance de poder en Europa, tras haber puesto fin al *statu quo* preexistente a su unificación. En este sentido, el equilibrio forjado en 1815 a partir de los valores compartidos entre las potencias fue reemplazado por las maniobras diplomáticas de Bismarck, a menudo secretas, que dependían de su intervención personal y de continuas gestiones diplomáticas y ajustes periódicos sobre la base de los intereses de las potencias. El nuevo equilibrio europeo, posterior a la unificación alemana, careció de los cimientos morales del sistema de 1814, pues se asentó sobre intereses cada vez más difíciles de conciliar.

Cuando Bismarck dejó el gobierno en 1890, tras la asunción de Guillermo II como káiser, el nuevo régimen no mantuvo la actitud prudente de buscar la recuperación del equilibrio de poder en Europa, sino que optó por reclamar un lugar de mayor importancia, acorde a cómo percibía su propio poder en ascenso. Ello empujó progresivamente

---

<sup>3</sup> En el gobierno federal alemán, el canciller (*Bundeskanzler*) es el jefe de gobierno, equivalente a un primer ministro. No debe confundirse con el título usualmente aplicado a los ministros de Relaciones Exteriores en otros países.

a París y San Petersburgo a un entendimiento, una entente, sobre sus propias ambiciones: recuperar Alsacia y Lorena, en el caso francés, y expandirse en Europa oriental, en el caso ruso. Si bien las diferencias ideológicas entre una Francia burguesa y liberal y el régimen zarista reaccionario demoraron el acercamiento, la política exterior agresiva de Guillermo II, el emperador de Alemania, llevaron al establecimiento de una entente ruso-francesa en 1894 (Kennedy, 1988, p. 250).

De este modo, teniendo en cuenta que el Reino Unido mantenía su política de «espléndido aislamiento» frente a los asuntos continentales europeos, se habían formado dos parejas de potencias que se contrapesaban recíprocamente. Partiendo de la percepción de que Francia y Alemania tenían intereses nacionales incompatibles, por las razones expuestas al inicio de esta sección, para fines del siglo XIX el Reino Unido mantenía su independencia; es así que se volvió un asunto imperioso para las duplas continentales que ello se mantuviera así o, mejor aún, que Londres se incorporara a una de las dos alianzas. La posición inglesa en el sistema europeo era sumamente ambigua, a caballo entre seguir siendo el fiel de la balanza entre las dos coaliciones y mantener su vinculación flexible con Francia y Rusia. Es sostenible que la demora en la definición de su alineamiento con las potencias continentales dificultó su intención de contener a Alemania y Rusia en julio de 1914.

Es pertinente aclarar que, en términos generales, las ententes —«entendimiento» en francés— no establecían obligaciones internacionales, sino que tenían un carácter político, por lo que se parecen más a los memorandos de entendimiento contemporáneos. Se distinguían de los tratados, acuerdos que por su naturaleza incorporan derechos y obligaciones para las partes. De hecho, las ententes se formalizaban posteriormente en instrumentos específicos, como, por ejemplo, los acuerdos navales. Para el Reino Unido esta distinción fue de suma importancia y por ello, como se verá más adelante, sus contrapartes —Francia y Rusia— siempre tuvieron dudas sobre el grado de compromiso británico.

La situación descrita generó una rigidez en las alianzas que restó flexibilidad a la política internacional, con consecuencias como la dificultad en el cálculo del poder relativo de los Estados y la disminución de la capacidad de maniobra de la diplomacia. Casi no existían precedentes de alianzas militares permanentes en tiempos de paz y tanto el anquilosamiento de la negociación internacional como la creciente injerencia militar en las decisiones políticas, a menudo circunvalando a los servicios exteriores, no eran características típicas del sistema internacional europeo, sino que fueron más bien un elemento coyuntural propio del contexto prebélico europeo.

En 1914 ningún Estado europeo deseaba iniciar una guerra general; es incluso cuestionable que consideraran un conflicto acotado como las de las décadas de 1850 y 1860<sup>4</sup>. Las numerosas confrontaciones entre las potencias por asuntos coloniales o particiones de los territorios del Imperio otomano siempre fueron solucionadas en una conferencia internacional o con un acuerdo entre las partes concernidas. No eran gobiernos pacifistas, es claro, pero si bien se preparaban constantemente para la guerra, sus cancillerías evitaron llegar a la guerra general, escenario que unánimemente consideraban sería una catástrofe. Por ejemplo, en 1905, con una Rusia muy debilitada tras su derrota en la guerra con Japón y sumida en una grave crisis interna, el alto mando alemán procuró convencer al káiser Guillermo II de atacar a Francia, aislada por la difícil situación de su aliado ruso. Alemania no atacó, sino que avanzó sus designios imperialistas en Marruecos, un asunto manejable que no podría iniciar una guerra general. De hecho, no hubo guerra y la crisis se solucionó una vez más en una conferencia internacional.

Sidney Fay, uno de los primeros grandes historiadores del conflicto, propuso en 1928 el sistema de alianzas como una de las causas estructurales de la Gran Guerra, cuando Europa gradualmente se dividió en dos bloques en oposición. Desde entonces ha sido un lugar común

---

<sup>4</sup> Para esta sección sobre las perspectivas de guerra en 1914 y la formación de las alianzas, véase Hobsbawm (1989, pp. 311-314).

concentrarse en la estructura del sistema internacional para explicar la conflagración. De hecho, MacMillan sostiene que la formación y el desarrollo de las alianzas debilitaron el concierto europeo, y propiciaron la llegada de la guerra. En igual medida, las alianzas aumentaron el poder y la confianza de sus miembros, a la par que debilitaron e hicieron más inseguro el sistema (MacMillan, 2013, p. 27). Sin embargo, las alianzas no son en sí mismas causa de las guerras. De hecho, durante veinte años Bismarck maniobró una tupida red de alianzas para mantener la paz. El sistema de alianzas solo se convirtió en un problema cuando estas se anquilosaron, cuando se hicieron permanentes, y, especialmente, cuando las disputas entre ellas se convirtieron en problemas inmanejables. Es sostenible que en 1914 la guerra se inició porque, luego de sucesivas crisis, los miembros de las alianzas decidieron ponerlas a prueba, para confirmar que los compromisos acordados serían respetados. Paradójicamente, la naturaleza de las alianzas en tiempos de paz es prevenir la ocurrencia de la guerra, servir como una variable disuasiva en la política internacional. Como recuerdan Williamson y May,

Si las alianzas no logran disuadir, entonces se vuelven operacionales, peligrosas y proclives a escalar. Estos acuerdos de largo plazo, entonces novedosos en las relaciones internacionales, aseguraron la expansión de la guerra en lugar de convertirse en un medio para evitarla. Entenderlas continúa siendo esencial para explicar la tormenta de fuego que azotó Europa durante un periodo de diez días a fines de julio e inicios de agosto de 1914 (2007, p. 345).

Con todo, recurrir a la explicación del sistema europeo de dos alianzas en oposición es una construcción *ex post facto*. Las narrativas de posguerra operan como un libro abierto, tras la abundante documentación publicada por los gobiernos intervinientes y una larga serie de trabajos académicos que buscan explicar los eventos. Pero la mayor parte de la profusa red de tratados sobre la que reposaba dicho sistema eran acuerdos secretos o, más precisamente, que debían permanecer ocultos (Hamilton & Herwig, 2003, p. 22). No es cierto que, como se suele

leer en los manuales de historia, los dos campos estuvieran claramente delimitados. Como recuerda Clark, Francia y Alemania llegaron a un acuerdo en 1909 sobre la cuestión marroquí y en 1910 representantes de Alemania y Rusia se reunieron para solucionar sus diferencias sobre sus intereses en Turquía y Persia. Incluso, si bien es cierto que Alemania pasó a ser el gran enemigo imaginado para el Reino Unido, al reemplazar a Rusia y el «gran juego», hubo importantes voces en Londres que consideraban la amenaza rusa sobre la India y el Asia Central mayor a la alemana sobre el mar o el continente. Estos gestos eran señales significativas de la posibilidad de una distensión en la política internacional y de que el futuro, la guerra de 1914, no estaba determinado (Clark, 2013, pp. 166-167). Si bien los acuerdos coadyuvaban a la catástrofe, no fueron factores estructurales del sistema europeo, sino el resultado de ajustes de corto plazo: sin la derrota en 1905 en la guerra con Japón, Rusia no hubiera abandonado sus designios en el Asia Central y pasado a concentrar su atención en los Balcanes; sin la llegada al poder del canciller inglés sir Edward Grey, Alemania no hubiera pasado a ser el asunto central de la política exterior británica. Así, lo pequeño, lo contingente, puede hacer la diferencia sobre el tapiz de la gran historia.

El paso de lo necesario a lo contingente, de las grandes causas —como los cambios en la estructura del sistema internacional— a las causas inmediatas —como las vicisitudes en la toma de decisiones—, permite retomar la importancia del diálogo entre las teorías estructurales y las explicaciones causales, entre la gran historia y la pequeña historia. Efectivamente existía una Europa dividida en dos bandos, pero esa estructura internacional no es suficiente para explicar por qué en 1914 se inició la guerra, si necesariamente debía haber alguna guerra o si la explicación sistémica esconde otras causas. Sí puede sostenerse que el debate interno en cada Estado era buscar el momento propicio, o el menos desfavorable, para iniciar las hostilidades. El problema del origen de la guerra no pasa entonces por identificar al agresor, sino que se encuentra en la naturaleza de una situación internacional deteriorada

progresivamente que los gobiernos no pudieron controlar (Hobsbawm, 1989, p. 312). Por ello, las preguntas más apropiadas sobre el origen de la Gran Guerra, cien años después, deben dirigirse no a lo que se sabe hoy, sino a lo que sabían los tomadores de decisiones en 1914. Este punto de vista genera un interés en los procedimientos gubernamentales y burocráticos, asunto que orientará la narrativa que se presenta en este ensayo. Como explica Clark:

Este gran punto de inflexión [...] ayuda a explicar la emergencia de las *estructuras* en las cuales se hizo posible una guerra continental. Pero no puede explicar las razones específicas por las cuales el conflicto se precipitó. Para poder hacerlo, necesitamos examinar cómo los procesos de toma de decisiones dieron forma a determinadas políticas y cómo la vaga red de alianzas continentales se vio entrelazada con los conflictos que se desarrollaban en la península balcánica (2013, p. 167).

Respecto a los procesos de toma de decisiones, es una ilusión pensar los actores estatales de 1914 —Francia, Alemania, Rusia— como entidades que decidían sobre la guerra; en políticos o gobernantes específicos hablando en el nombre de sus naciones. La información fluía o se detenía, sin control ni orden, entre embajadores, ministros y funcionarios. Era poco claro a quién le correspondía tomar las decisiones, tanto a nivel organizacional como legal. No se sabía a nombre de quién hablaba la prensa o cuán susceptibles a su presión eran los tomadores de decisiones. Estos son problemas que hoy subsisten en diverso grado, pero que en 1914 eran particularmente graves, con esta caótica multiplicidad de voces que generó incertidumbre y que tuvo mucho que ver con la forma en que se respondió al asesinato de Francisco Fernando en cada país y en cada estamento (Clark, 2013, pp. 168-170). Es por ello que Clark prefiere perder de vista el «por qué» para concentrarse en el «cómo» se inició la guerra. Es en la sucesión de eventos, en el «cómo», que se podrá encontrar respuestas más completas, sutiles y satisfactorias para el «por qué».

### 3. LA CULPA Y LA HISTORIOGRAFÍA

Entre las primeras reflexiones sobre las causas de la Gran Guerra destacan la interpretación de la Rusia revolucionaria, el nuevo régimen ruso que había derrocado al zar y hecho la paz con Alemania, y la de las potencias que vencieron a Alemania. Para intelectuales socialistas como Vladimir Lenin o Rosa Luxemburgo, el imperialismo fue el causante de la guerra, propuesta que ya no es considerada válida en la historiografía, excepto, claro está, para cierta posición ideológica<sup>5</sup>. La acusación genérica del imperialismo de las potencias pasó a una acusación específica contra una de ellas, Alemania, plasmada en la sección sobre la culpabilidad alemana del Tratado de Versalles, que formalmente puso fin a la guerra con Berlín<sup>6</sup>. El estudio de la Gran Guerra siempre ha estado condicionado por la idea de la culpa alemana, ya sea para afirmarla, matizarla o refutarla.

Para los diplomáticos del siglo XIX pensar la guerra en términos de culpabilidad habría sido inadmisibile: las guerras eran herramientas políticas, eventos recurrentes que formaban parte del devenir de la política internacional. De acuerdo con Hamilton y Herwig:

Prácticamente todas las potencias veían la guerra no como inmoral o como un acto de desesperación [...]. Alemania e Italia llegaron a ser Estados nacionales a través de la guerra. Con la excepción de Austria-Hungría, cada una de las potencias de 1914 había iniciado guerras coloniales [...]. La Gran Bretaña de la reina Victoria era tal vez el ejemplo más notorio, habiendo iniciado campañas militares durante cada uno de los años de su largo reinado (1837-1901) (2010, p. 229).

---

<sup>5</sup> Por ejemplo, los panfletos escritos en 1916, como el de Vladimir Lenin, *Imperialism: The Highest Stage of Capitalism. A Popular Outline*; y el de Rosa Luxemburgo, *The War and the Workers*.

<sup>6</sup> Mediante el Tratado de Versalles se hizo la paz con Alemania. Hubo tratados de paz específicos para cada uno de los Estados derrotados: Saint Germain, con Austria; Trianon, con Hungría; Sèvres, con Turquía; y Neuilly, con Bulgaria. Véase Hobsbawm (1995, p. 31).

La célebre frase de Clausewitz resume este orden de ideas: la guerra era efectivamente la continuación de la política por otros medios. Sin embargo, la figura de la culpabilidad alemana proveyó de un punto inicial al debate sobre los orígenes de la guerra. El valioso estudio de Annika Mombauer sobre las controversias y consensos respecto a los orígenes de la Gran Guerra sitúa este punto inicial en dos miradas: el deseo alemán de liberarse de la percepción de culpabilidad y la demanda de la sociedad internacional por comprender el conflicto y evitar su recurrencia. La culpa ha sido así un campo fértil para la historia de la Gran Guerra. De hecho, la disciplina de las relaciones internacionales nació ante el horror de 1914, con el establecimiento de la cátedra Woodrow Wilson en la Universidad de Aberystwyth en 1919, para procurar estudiar cómo se llegó a la guerra y cómo prevenir que ello ocurriera nuevamente.

Es importante descartar la noción de culpabilidad como un problema histórico. Eric Hobsbawm sugiere que la culpa es un problema moral, que solo concierne a la historia periféricamente. Es innegable que había posiciones agresivas y defensivas y que en las guerras de expansión colonial había una potencia atacante y un territorio de ultramar atacado, pero también es ampliamente conocido que a inicios del siglo XX las guerras todavía eran hechos regulares y normales en la conducción de la política internacional. Se esperaba, e incluso se temía, que cualquier Estado tomara la iniciativa militar. Como concluye el historiador inglés, aún no se aplicaba el eufemismo «ministerio de Defensa» a los «ministerios de Guerra» (Hobsbawm, 1989, p. 310).

Adicionalmente, asumir una posición acusatoria sobre la culpa requiere probar que, sin la acción criminal voluntaria, o al menos sin la negligencia criminal, de los líderes gubernamentales involucrados, la guerra no habría sucedido. Típicamente, los historiadores que parten de la culpa proponen análisis contrafácticos o buscan asignar o refutar responsabilidades apriorísticamente. Desde un punto de vista metodológico ambas suelen ser recetas para hacer mala historia.



Aun asumiendo que estos caminos puedan ser apropiados, los archivos correspondientes fueron distorsionados incluso antes de que empezara la guerra, cuando los gobiernos involucrados en las tensiones que condujeron a ella buscaron escapar a su eventual responsabilidad (Clark, 2013, pp. 560-561; Laqueur, 2013).

Luego de Versalles, el primer país en desafiar el «veredicto de la historia» fue, como era de esperarse, Alemania, que estableció el Centro para el Estudio de la Cuestión de la Culpa por la Guerra, que publicó más de cuarenta volúmenes de fuentes que vindicaban las acciones alemanas. El Reino Unido respondió con los trece volúmenes de los *British Documents on the Origins of the War*; Francia hizo lo propio con los cuarenta y un tomos de los *Documents diplomatiques français* y el nuevo Estado austriaco publicó nueve volúmenes en defensa de la política exterior de su predecesor imperial. Siempre revolucionario, el gobierno soviético no defendió al antiguo régimen zarista, sino que denunció sus inequidades, reveló sus secretos y lo acusó de imperialista en el «Archivo Rojo»<sup>7</sup>.

A partir de estas consideraciones, y sin que ello haya impedido que resurjan las narrativas acusatorias, progresivamente la historiografía dejó de concentrarse en atribuir o refutar culpas y responsabilidades, para llegar a un punto de vista más balanceado. Este consenso fue considerado un revisionismo sobre la noción de la culpa alemana y se basó en la copiosa evidencia disponible, que mostraba cómo todas las partes involucradas asumieron riesgos y tomaron decisiones que contribuyeron a que la guerra fuera más probable. En palabras de Fay, escritas en 1928:

Ningún historiador serio acepta más el *dictum* de los aliados victoriosos de 1919 de que Alemania y sus aliados eran los únicos responsables. Todos concuerdan en que la responsabilidad está dividida; simplemente difieren sobre la responsabilidad relativa de cada una de las grandes potencias (1966, p. 17).

---

<sup>7</sup> Información enumerada en Evans (2014).

El mayor desarrollo en esta línea, y todavía el trabajo más influyente y completo sobre la Gran Guerra, es la obra de Luigi Albertini, publicada en 1942, que ofrece en tres tomos una presentación sutil de los individuos que tomaron, o evitaron tomar, las decisiones que llevaron a la guerra. El autor italiano concluye que el camino a la guerra, un proceso complejo y confuso, se dio con una responsabilidad compartida entre todos los participantes. Como un péndulo, el consenso que supuso el trabajo de Albertini fue cuestionado en 1969 por el historiador alemán Fritz Fischer, quien sostenía que hubo una estrategia premeditada en Alemania que llevó a la Gran Guerra: «su tesis fundamental: el Estado autoritario del imperio buscaba el ascenso de Alemania a potencia mundial a cualquier precio y solo así se explican los acontecimientos de 1914; ese sería su verdadero núcleo» (Käppner, 2014). De acuerdo con Fischer, el káiser Guillermo II y sus ministros provocaron el conflicto con una combinación de factores internos e internacionales: el deseo de distraer y disciplinar a los socialistas y otros elementos insubordinados en la sociedad alemana y su ambición expansionista y revisionista del sistema internacional<sup>8</sup>.

El problema de las narrativas acusatorias es que son teleológicas. Su principal interés no es histórico, sino que buscan demostrar la culpa del acusado y, por ello, llevan al historiador a seleccionar e interpretar la evidencia en función a probar un caso, el cual, a su vez, puede estar motivado por una variedad de intereses políticos y culturales<sup>9</sup>. Por ejemplo, la acusación de Fischer sobre el militarismo alemán antes de la Primera Guerra Mundial, bien documentada pero tergiversando las fuentes, fue un medio para expiar los pecados del gobierno de su país en la Segunda Guerra Mundial, reconociéndole a Alemania una raigambre expansionista, una aspiración de dominio mundial.

---

<sup>8</sup> Es de sumo interés el reciente volumen, editado por Annika Monbauer (2013), sobre los cincuenta años de la controversia Fischer.

<sup>9</sup> Para mayor ilustración, ver Laqueur (2013) y Evans (2014).

En suma, para desvelar el problema histórico, se debe abandonar la noción de culpa, ya sea como objetivo, como premisa o como hilo conductor de la reflexión sobre la Gran Guerra. Guillermo II y su estado mayor no iniciaron la guerra bajo un plan malvado para desestabilizar el continente y lograr la dominación mundial. Es innegable que Alemania le dio a una Austria vengativa el famoso «cheque en blanco» y que cometió el gravísimo error de invadir Bélgica sin que fuera estratégicamente necesario, con lo cual arrastró a Gran Bretaña a la guerra. Pero no puede ignorarse que el gobierno austriaco fue inflexible e imprudente en su manejo de la relación con Serbia, al considerar que era un problema acotado y sin contemplar que podía iniciar una guerra general por las reacciones rusa, alemana y francesa; que Rusia y Francia crearon en las potencias centrales, Alemania y Austria, el temor de una guerra en dos frentes; y que el Reino Unido no supo acomodar a la potencia ascendente, Alemania, ni dar a Francia y Rusia la confianza de que intervendría contra Alemania y Austria de ser necesario<sup>10</sup>. Al evaluar la evidencia disponible, en 1914 hubo pecados de omisión y comisión, graves errores diplomáticos y militares, pero ningún culpable, ningún titiritero jugando con el destino de Europa. Ello no quiere decir que fueran inocentes: la responsabilidad por el conflicto es compartida entre todos los gobiernos intervinientes. Hay sangre en las manos de cada uno de los líderes políticos y militares que decidieron que las armas eran el camino a seguir para resolver una crisis europea periférica.

---

<sup>10</sup> Las acciones alemanas mencionadas en este párrafo, especialmente la invasión de Bélgica, corresponden con el plan Schlieffen, que se explicará más adelante.

#### **4. FACTORES DE TENSIÓN EN EL SISTEMA INTERNACIONAL: UNA DÉCADA DE CRISIS RECURRENTE Y LA CARRERA ARMAMENTISTA**

En los primeros años del siglo XX hubo una serie de crisis internacionales que tuvieron un efecto disruptivo en el sistema internacional, pusieron a prueba los grados de compromiso de los integrantes de las alianzas y aumentaron su ansiedad e incertidumbre. A la par que se ofrecía seguridad sobre la fiabilidad de los socios, se temían las acciones e intereses de los interlocutores. Peor aún, los tomadores de decisiones comenzaron a pensar que siempre podrían controlar las cada vez más intensas y peligrosas crisis; que al final surgiría una solución o se llegaría a un entendimiento que evitaría el recurso a la guerra. Dichos incidentes se concentraron en dos regiones: el norte de África y los Balcanes. Es importante evaluar *brevemente* el contenido de estas crisis, especialmente por su efecto en las relaciones entre los miembros de la Entente con Alemania y en la lucha entre Austria y Rusia por los exterritorios del Imperio otomano en los Balcanes<sup>11</sup>.

El cuestionamiento alemán al intervencionismo francés en Marruecos propició, en dos oportunidades, crisis internacionales: en 1905 y 1911. Más grave, la progresiva descomposición del Imperio Otomano, «el enfermo de Europa» en la terminología de la época, fue escenario de los intereses contrapuestos de Austria-Hungría y Rusia en los Balcanes, con la anexión unilateral, sin consultarlo con las otras potencias, de Bosnia-Herzegovina al imperio austro-húngaro y las dos guerras balcánicas de 1912 y 1913 como muestras del acercamiento a un punto de quiebre, con lo cual se redibujaron los límites, se exacerbaban tensiones y se dejó a las potencias europeas «al borde del abismo» (Evans, 2014).

---

<sup>11</sup> Para esta sección, sobre las crisis previas a 1914, de modo general, ver Hamilton (2003, pp. 45-91) y Hobsbawm (1989, pp. 321-323).

A fines del siglo XIX, con la aquiescencia británica y alemana, Marruecos, una antigua monarquía feudal, pasó a ser administrada por Francia y España. Con el consentimiento de las otras potencias, pero ignorando a Berlín, París buscó extender su control en 1905, con el fin de presentarle la situación a Alemania como un hecho consumado. Tras la derrota rusa en la guerra con Japón y la revolución de 1905, en Berlín se entendió que ese era el momento propicio para ejercer presión sobre París y consolidar la predominancia de Alemania en el sistema internacional, dada la percepción que este país tenía de la debilidad de Rusia, aliada de Francia. Por ello, el káiser Guillermo II objetó la acción gala y se presentó personalmente en marzo de 1905 en el puerto marroquí de Tangier, hecho que confirmó el estatus de Marruecos como gobierno independiente y demandó libre comercio e igualdad de derechos con Alemania. Esto equivalía a una amenaza de guerra contra Francia, que pocos meses después llevó a la movilización alemana y francesa a la frontera común. La crisis finalmente fue desactivada en la conferencia de Algeciras de 1906, en la que se consagró la mayor injerencia francesa en Marruecos, pero también se preservó formalmente su independencia. En el ámbito de las alianzas, Alemania había buscado mostrar a los franceses que, desactivada Rusia por sus problemas internos, no podía confiar en el apoyo británico. El efecto fue el contrario: Londres y París iniciaron intercambios militares y dieron por superados sus incidentes coloniales, especialmente en Egipto; a la par que se consolidó el vínculo franco-ruso. De otro lado, Austria probó ser un aliado poco eficaz para Alemania, que se encontró crecientemente aislada.

Entre 1907 y 1908 hubo otros desarrollos importantes. Al percibir su propia debilidad e incentivada por Francia, Rusia procuró acercarse a Inglaterra, llegando en 1907 a una entente que puso fin a los problemas coloniales ruso-británicos en el Tíbet, Afganistán y Persia. En 1908, Austria anexó Bosnia-Herzegovina, sin consultarlo previamente con Berlín, lo cual provocó una conmoción en los nacionalistas serbios

y la élite rusa. Debe comprenderse que la actitud de Belgrado frente a Austria fue muy veleidosa, pues osciló entre ser un satélite Habsburgo y vincularse con los «hermanos eslavos» de San Petersburgo. De hecho, a inicios del siglo XX hubo una rebelión en Serbia que acabó con la predominancia austriaca en Belgrado y en cuyo proceso fueron asesinados los reyes serbios. Ante la anexión de Bosnia, el nacionalismo serbio debió aceptarlo como un hecho consumado y Rusia no pudo intervenir en los Balcanes por su debilidad coyuntural. Sin embargo, la acción austriaca dejó una herencia de tensiones sin resolver: Francisco Fernando sería asesinado en Sarajevo, la capital bosnia, en cuyas calles hay todavía una placa conmemorativa del atentado; y el gobierno de San Petersburgo no estaría dispuesto a tolerar nuevamente el unilateralismo de los Habsburgo en los asuntos eslavos.

Posteriormente, las tensiones en Marruecos continuaron escalando con la movilización de tropas francesas en 1911, en un claro intento de ocupación. Alemania envió una nave de guerra al Mediterráneo, que atracó en el puerto de Agadir, y demandó compensaciones territoriales en el Congo francés a cambio de aceptar la pretensión francesa. Londres volvió a apoyar a París y Alemania recibió un espacio sin mayor valor en el centro de África. La crisis aceleró la carrera armamentista, dio mayor impulso al planeamiento militar conjunto anglo-francés, aisló todavía más a una Alemania que temía estar siendo cercada y proveyó la ocasión para que los nuevos estados balcánicos —Serbia, Bulgaria y Grecia—, al percibir la debilidad del Imperio otomano, prosiguieran sus campañas militares en los Balcanes.

En Agadir quedó demostrado que cualquier confrontación entre dos potencias las llevaría al filo de la guerra. De hecho, cuando en 1912 proseguía el colapso del Imperio otomano, con la intervención italiana en Libia y la guerra desatada por la Liga Balcánica —integrada por Serbia, Bulgaria, Grecia y Montenegro— para acabar con la presencia turca en Europa, las potencias no intervinieron, temerosas de antagonizar a Roma y de ser arrastradas al hoyo negro de los Balcanes.

Solo a última hora Viena anunció a los integrantes de la Liga que las potencias no tolerarían cambios en el *statu quo*. La Liga ignoró la advertencia y continuó con sus operaciones, hecho que marcó la primera vez que los nuevos Estados ignoraban a las grandes potencias. Finalmente, Turquía detuvo los avances de la Liga y las potencias forzaron la capitulación de los pequeños Estados. En la conferencia que puso fin a la guerra, Austria vio cómo Serbia duplicaba su tamaño, una victoria del nacionalismo balcánico que «fue un desastre sin remedio para la monarquía Habsburgo» (Taylor, 1954, p. 491).

Sin embargo, el evento más relevante para la evaluación de la conducta de las potencias en la crisis de 1914 fue una acción aparentemente marginal, accesoria, en 1912. En previsión de una intervención austriaca contra la Liga Balcánica, San Petersburgo movilizó sus tropas sobre Varsovia, a lo que Viena respondió con una medida similar en el sur de la actual Polonia. Leopold Berchtold, ministro de Relaciones Exteriores de Austria, auscultó la posición alemana frente a una eventual guerra con Rusia. Berlín respondió que no apoyaría a Viena porque no veía causa suficiente para hacerlo. Poco después ambos contendores retiraron sus tropas, con lo cual la situación se distendió. Apenas dos años después, en julio de 1914, en un contexto similar, Berlín dio el «cheque en blanco» a Viena y, un mes después, Europa estaba en guerra.

La última crisis previa a la que produjo la Gran Guerra volvió a generarse en los Balcanes, península en la cual recurrentemente se estaba poniendo a prueba la capacidad de las potencias europeas de administrar la descomposición del Imperio otomano. Los nuevos Estados balcánicos pelearon entre sí por la división del territorio de Macedonia, hasta que llegaron a un acuerdo, la paz de Bucarest, sin la intervención de las potencias. Viena vio su prestigio sumamente disminuido y Berlín se rehusó nuevamente a apoyar una intervención austriaca en los Balcanes. Como respuesta, Austria dio un ultimátum a Serbia para que retirase sus tropas de Albania, un Estado tapón diseñado

para contrarrestar el dominio serbio, el cual fue acatado. Como señala Hamilton: «esta victoria dejó una lección para los líderes austriacos: la amenaza del uso de la fuerza vencería» (2003, p. 91).

Cuando Francisco Fernando fue asesinado, las percepciones y las expectativas de las potencias europeas estaban influenciadas por el desarrollo y la solución de las crisis previas. Las dos últimas ofrecen importantes contrastes con la experiencia de julio de 1914: i) en 1912 y 1913 Alemania no apoyó acciones austriacas en los Balcanes y ii) Austria decidió por sí misma dar un ultimátum a Serbia, con el que se desactivó la crisis. Igualmente, las acciones alemanas en Marruecos llevaron al fortalecimiento de la Triple Entente, aunque sus integrantes jamás pudieron dar por sentada la fiabilidad de sus contrapartes.

Esta serie de incidentes se dio sobre el lienzo de la carrera armamentista de los cuarenta años previos a la guerra. Al respecto, Hobsbawm señala con precisión que el armamentismo no es una de las causas de la conflagración, pese a que evidentemente contribuyó con ella<sup>12</sup>. Con todo, es innegable que la tecnología para matar, tras la creciente industrialización de mediados del siglo XIX, tuvo avances dramáticos a partir de 1880, como la revolución en la velocidad y el poder de fuego de las armas pequeñas y la artillería y, sobre todo, como la transformación de los buques de guerra en el contexto de la lucha por la superioridad estratégica naval entre el Reino Unido y Alemania. Una consecuencia evidente fue que los preparativos para la guerra se volvieron mucho más costosos, especialmente al considerar la competencia interestatal por mantener la superioridad, o al menos no quedar muy rezagado. Estos costos cada vez mayores perjudicaron seriamente las economías nacionales al requerir aumentos de la presión tributaria o endeudamientos inflacionarios.

Se creó así una relación simbiótica entre el gobierno y la gran industria. Solo la gran industria podía proveer los armamentos más

---

<sup>12</sup> Para esta sección sobre el armamentismo, ver Hobsbawm (1989, pp. 307-308).



avanzados, pero, a su vez, solo el Estado podía ser el cliente para dichos productos. De una u otra manera, los Estados se vieron obligados a garantizar la existencia de poderosas industrias armamentísticas nacionales, pagar por la mayor parte de los costos de los avances tecnológicos y velar porque dichas empresas fueran rentables. El sentido del equilibrio militar se había tornado inestable, con los Estados tomando ventaja o quedando relegados, lo que afectaba las percepciones y las actitudes de los gobernantes, lo que hacía más difícil evaluar las posiciones relativas de poder. En dicho contexto, la superioridad demográfica y territorial rusa llevó a los generales alemanes y austriacos a recomendar el recurso a la guerra preventiva. Al mismo tiempo, esa percepción de superioridad dio pie a la creencia en una posible victoria rusa sobre Alemania y Austria-Hungría, pese a las limitaciones materiales intrínsecas de la economía rusa. La carrera armamentista ofrece así una sugerente explicación a la combinación de urgencia y fatalismo en el intercambio diplomático entre Berlín y Viena (Stevenson, 1997, pp. 126-161). Adicionalmente, parece haber un consenso en la historiografía en sostener que la carrera armamentista naval progresivamente enemistó al Reino Unido y Alemania, los dos Estados europeos más desarrollados económicamente, pese a la simpatía recíproca de buena parte de sus élites, y generó en Londres un temor tan grande que llevó al país a integrarse a la alianza franco-rusa, que conformó la Triple Entente (Williamson & May, 2007, p. 342).

Sin embargo, la Gran Guerra no se puede explicar en una conspiración de industriales armamentistas —aunque es cierto que los técnicos hicieron lo posible para convencer a los políticos y a los generales de que la nueva versión de un cañón o una nave eran indispensables para la defensa nacional—. La acumulación de armamentos en el lustro previo a 1914 hizo la situación más explosiva, pero fue la situación internacional tensa y ríspida la que llevó a las potencias a una carrera armamentista. La causa es política, el efecto es bélico; y no al revés.

## 5. LA CRISIS DE JULIO DE 1914: HACIA LA GUERRA EN DIEZ DÍAS

En esta sección se hará una detallada revisión del proceso de toma de decisiones en los gobiernos involucrados en la crisis que desembocó en la Gran Guerra. Así pues, se prestará especial atención a las percepciones y al condicionamiento que ejercían sobre el manejo de los eventos y las acciones estatales. Por ello no se tratan los casos de Italia, Rumania, Bulgaria y, especialmente, EE.UU., actores sin mayor influencia en 1914. En línea con la bibliografía más reciente, en particular Clark, también se considera el caso serbio, a la vez origen y punto focal de la tensión y por donde debió pasar cualquier intento de distenderla.

Con el fin de precisar la exposición del desarrollo de la crisis de julio de 1914, se enumerarán los principales hitos en el camino a la guerra, con la fecha en que se produjeron.

- 28 de junio, asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, Bosnia.
- 5 de junio, el gobierno austriaco inicia consultas con Alemania.
- 6 de junio, Alemania comunica el «cheque en blanco» a Austria.
- 20 de julio, visita de Estado del presidente de Francia a San Petersburgo.
- 23 de julio, ultimátum austriaco a Serbia, con un plazo de 48 horas.
- 24 de julio, Rusia decide la movilización sobre Austria, pero no la ejecuta.
- 25 de julio, movilización preliminar rusa, dos horas antes que la respuesta serbia.
- 25 de julio, respuesta serbia. Austria decide su movilización.
- 28 de julio, Austria se moviliza.
- 29 de julio, movilización parcial rusa.
- 30 de julio, movilización total rusa.
- 31 de julio, Alemania demanda que Rusia detenga su movilización.
- 1 de agosto, Alemania declara la guerra a Rusia.

Este itinerario se divide en dos etapas: la primera, desde el asesinato del archiduque Francisco Fernando hasta la decisión austriaca de dar un ultimátum a Serbia; la segunda, desde el ultimátum hasta la declaración de guerra de Alemania contra Rusia. Dichos periodos están divididos por la visita del presidente Poincaré a San Petersburgo, lo que será explicado más adelante.

Es curioso que el magnicidio se produjera en Bosnia, pero que la reacción vienesa se dirigiera hacia Serbia. Para comprender esta decisión, una primera aproximación a la crisis que desencadena la guerra requiere partir de Belgrado, la capital serbia, ciudad en la que el bosnio Gavrilo Princip, el asesino del archiduque austriaco, fue entrenado. El principado de Serbia surgió luego de la revolución serbia, entre 1804 y 1817, sobre la base de acuerdos informales con las autoridades otomanas ocupantes. Luego de la expulsión de las fuerzas otomanas en 1867, Serbia logró la independencia de facto, consagrada tras el tratado de Berlín de 1878, uno de los varios acuerdos entre las grandes potencias para solucionar los problemas internacionales en el marco del concierto europeo. Poco después, en 1882 el principado pasó a ser el Reino de Serbia. A partir de entonces, la política exterior serbia fue muy cambiante, desde la admiración por la corte Habsburgo en el siglo XIX, hasta la identificación con el nacionalismo eslavo y una intensificación de los vínculos con San Petersburgo tras el asesinato en 1903 de los reyes serbios.

El coronel Dragutin Dimitrijević, jefe de la inteligencia militar serbia en 1914, fue un importante y peligroso político, uno de los artífices del golpe de 1903 y el fundador de la organización terrorista *Crna Ruka* (Mano Negra) para impulsar el nacionalismo serbio y derrocar al primer ministro Nikola Pašić. Contando con financiamiento ruso, entrenó y proveyó las armas a tres activistas —entre ellos, Princip— que habían manifestado su intención de asesinar a algún alto oficial austrohúngaro. Junto a otros altos mandos del gobierno serbio,

el coronel efectivamente participó en la operación que llevó al asesinato del archiduque, tal como se sospechaba en Viena<sup>13</sup>.

En efecto, los conspiradores fueron entrenados en la atmósfera nacionalista de Belgrado como parte del programa expansionista que puso bajo la mira a Francisco Fernando. A menudo se sostiene que el heredero de la corona vienesa era una figura menor y poco querida en su país, pero esa posición es equivocada: Francisco Fernando fue uno de los artífices de los acuerdos de paz en las crisis balcánicas previas entre 1908 y 1914, en el marco de su plan para lograr un entendimiento con los eslavos del sur que pusiera fin a las tensiones nacionalistas y le permitiera gobernar con mayor facilidad su imperio multiétnico. Paradójicamente, su muerte puso fin a los esfuerzos austriacos por solucionar las tensiones nacionalistas en los Balcanes y fue a la vez el pretexto para el inicio de la guerra (Williamson, 1974, pp. 417-434).

Si ello puede parecer meramente anecdótico, cobra suma relevancia al constatar que hoy se sabe que el primer ministro y el ministro del Interior serbios conocieron los planes de Dimitrijević a mediados de junio y buscaron investigar y controlar la situación. El coronel se rehusó a cooperar y, una vez asesinado el heredero vienés, una investigación al interior del gobierno serbio se volvió imposible porque habría llevado a Viena a asumir que los planes eran conocidos y que no los había impedido. En ese sentido, el gobierno serbio no podía acceder a la demanda austriaca de una investigación conjunta. Serbia no accedió a todos los términos del ultimátum austriaco como parte de una actitud combativa u obtusa, sino por una imposibilidad política y práctica.

Tras el asesinato del archiduque, Austria vio cuestionado su prestigio ante la amenaza desestabilizadora de Serbia y temía que la crisis de 1914 supusiera el último clavo en el féretro de su estatus como gran potencia, seriamente disminuido tras la derrota en la guerra austro-prusiana,

---

<sup>13</sup> Para la sección sobre Serbia, ver Clark (2013, pp. 11-64).

la unificación italiana, el establecimiento de la monarquía dual con Hungría —que restaba preeminencia a Viena al compartir el gobierno con Budapest—, y su falta de control sobre el nacionalismo eslavo en los Balcanes. El apoyo serbio a la agitación de los pueblos eslavos del sur significaba una amenaza de naturaleza práctica e inmediata para los Habsburgo: para Viena, la cuestión serbia representaba a la vez la seguridad y la supervivencia misma del Estado (Williamson, 1988, p. 805).

En consecuencia, el gobierno austriaco buscaba una guerra localizada, una misión punitiva contra Serbia que la volviera un Estado vasallo (dada la composición demográfica de la monarquía dual, Budapest no habría aceptado la anexión para no incrementar la población eslava). De esta manera, el continente se acercó a una guerra general y la política internacional quedó sujeta a la reacción rusa frente a un eventual ataque austriaco sobre Serbia.

En Viena se concluyó que la amenaza serbia debía ser reducida o removida, incluso a través de una guerra, pero la toma de decisiones en Viena muestra una división entre los militares, que querían actuar rápidamente contra Serbia, y los diplomáticos, que preferían una mayor prudencia, especialmente ante el temor a una potencial intervención rusa. La solución al entrampamiento fue consultar con el gobierno alemán, aliado de Austria, cuál debía ser la reacción apropiada, tal como se hizo en 1912 y 1913. No debe confundirse la consulta con Berlín con la narrativa de que Alemania empujó a Austria a la guerra: la decisión sobre una guerra localizada parecía ya estar tomada en Viena, y solo restaba definir el momento y evaluar la eventual reacción de las otras potencias continentales.

En Alemania hubo nuevamente una división bajo líneas similares a las austriacas: los militares alemanes confiaban en una acción rápida, una guerra preventiva contra Serbia, mientras que la clase política pareció inclinarse a esperar que Rusia pusiera orden sobre su satélite serbio. Ante ello, la opinión de Guillermo II fue decisiva. Enfurecido por el asesinato de su amigo, el káiser no quería que Alemania detuviera

a Austria si su intención era atacar a Serbia, y confiaba en que Rusia y Francia no se involucrarían: presumía que el zar jamás apoyaría a regicidas y los franceses no tenían suficiente artillería pesada como para una acción militar. Tanto Alemania como Austria veían con buenos ojos una intervención contra Serbia, pero les preocupaba la reacción de las otras potencias. Considerando estos elementos, Guillermo II comunicó a Viena el «cheque en blanco»: Alemania apoyaría a Austria en cualquier acción que Viena emprendiera contra Serbia, incluyendo la guerra.

El debate sobre las acciones alemanas necesariamente ha de pasar por el apoyo del káiser Guillermo II a los Habsburgo. Esta decisión ha sido vista como un acto impulsivo que precipitó la beligerancia austriaca y arrastró a Europa a una guerra general. Sin embargo, anteriormente el káiser contuvo los impulsos agresivos de Viena en las guerras balcánicas de 1912 y 1913 e insistió en llegar a un entendimiento con Serbia. Tras el asesinato de Francisco Fernando, accedió a apoyar a Austria bajo la premisa de que los miembros de la Entente no intervendrían, confiando en la posibilidad de una guerra localizada. Cuando Austria declaró la guerra a Serbia y se inició la movilización rusa, el káiser demoró la decisión de iniciar el ataque alemán hasta no asegurarse de qué actitud tomaría Londres. Solo ordenó la ejecución de los planes de guerra alemanes cuando supo que el Reino Unido intervendría, con lo que la guerra ya era inevitable (Clark, 2013, pp. 520-524). En suma, el famoso «cheque en blanco» no fue exactamente una promesa de apoyar cualquier curso de acción ni una expresión de la preferencia por una guerra general, sino que su alcance debe ser matizado por las percepciones de la cadena de eventos de julio de 1914. Guillermo II siempre asumió que la guerra contra Serbia podría ser focalizada, que Rusia y el Reino Unido no intervendrían y, por tanto, que el conflicto no escalaría a una guerra general.

Las consideraciones del cálculo alemán-austriaco sobre la reacción rusa, que en ese momento era la variable más importante, son evidentes

al recordar las fechas: el archiduque fue asesinado el 28 de junio y el 7 de julio el gobierno austriaco decidió darle a Serbia un ultimátum, pero este recién fue transmitido a Belgrado el 23 de julio, casi un mes después del crimen y más de dos semanas después de haber adoptado la decisión. Ello se explica por la visita de Estado del presidente francés, Raymond Poincaré, a Rusia, del 20 al 23 de julio. Así, Austria esperó a que el mandatario francés partiera de San Petersburgo para comunicar su ultimátum a Serbia, para impedir que en el marco del encuentro ruso-francés se pudieran coordinar las medidas por adoptarse en el caso de un ataque austriaco contra Serbia (Ferro, 2002, pp. 45 y 46).

El ultimátum austriaco a Serbia fue diseñado específicamente para ser rechazado, al incluir una provisión que demandaba la participación de las autoridades vienasas en una investigación conjunta con sus contrapartes serbias sobre al asesinato del archiduque. Como ya se ha visto, Belgrado jamás podría aceptar esa última provisión porque se pondría en evidencia que conocía los planes de los terroristas y se asumiría que el gobierno serbio había participado en ellos o, al menos, que no había hecho lo suficiente para impedirlos. Con excepción de la investigación conjunta, Serbia aceptó el ultimátum austriaco. Ante ese desarrollo, una vez más cobró vigencia la creencia de que, como en ocasiones previas, a última hora se evitarían las hostilidades, que se llegaría a una solución para la crisis, lo que impidió considerar la inminencia de la guerra, que la catástrofe efectivamente se cernía sobre Europa. Como señala Hobsbawm, parecería que quienes decidieron las movilizaciones y emitieron las declaraciones de guerra no lo hicieron porque lo desearan, sino porque no podían evitarlo (1989, p. 304). Incluso el káiser Guillermo II consultó con sus generales si, después de todo, la guerra no podría ser localizada en Europa oriental, evitando atacar a Francia y Rusia. Su estado mayor, en seguimiento del plan Schlieffen, le informó que ello era imposible: la guerra sería total, hasta eliminar a los adversarios.

El plan Schlieffen es el sucesor al plan decimonónico de Helmut von Moltke, el jefe de Estado Mayor de Bismarck<sup>14</sup>. De acuerdo con el plan Moltke, diseñado con el objetivo de forzar una solución política para lidiar con la pesadilla de la guerra en dos frentes, contra Francia y Rusia, las fuerzas alemanas debían dividirse para hacer defender ambos flancos, deteniendo los ataques enemigos iniciales y dando espacio a que las negociaciones diplomáticas desactivaran el conflicto. De este modo, la conducción de la guerra permanecía sujeta a la política, sirviendo como la continuación de la política, en términos de Clausewitz. Para Alfred von Schlieffen, ello dejaba a Alemania sujeta a la iniciativa de sus enemigos, por lo que diseñó un nuevo plan de guerra ofensiva en dos frentes. El plan Schlieffen, un cambio fundamental en la estrategia alemana, daba por sentada la movilización lenta de Rusia, pues tomaba en cuenta su retraso tecnológico y la vastedad de su territorio. Requería marchar primero sobre Francia, circunvalando las fortificaciones defensivas francesas al pasar por Bélgica, capturar París y atacar la frontera por la retaguardia. En el este, el ejército alemán se mantendría a la defensiva hasta que las fuerzas victoriosas en Francia se sumaran en una campaña final contra Rusia.

En la Guerra Franco-Prusiana (1870-1871), que marcó el paso final en la unificación alemana, Moltke planteó una guerra *limitada* defensiva que logró forzar negociaciones diplomáticas. En la Primera Guerra Mundial, el alto mando alemán, liderado por el sobrino de Moltke, siguió el plan Schlieffen, una guerra *total* ofensiva en etapas sucesivas en los dos frentes. El nuevo plan requería la victoria total, la eliminación del adversario; mientras que la estrategia anterior inducía a la otra parte a solucionar el conflicto mediante la diplomacia. El plan Schlieffen tenía además muchos riesgos y requería la satisfacción de muchas variables para funcionar. Entre otras, tanto Francia como Rusia *debían ser* beligerantes, porque la neutralidad de uno de ellos impediría,

---

<sup>14</sup> Para esta sección, ver Kissinger (1994, pp. 204-206).



en principio, un ataque alemán (un ataque alemán sobre una Bélgica no beligerante para atacar a una Francia igualmente no beligerante sería intolerable para la política doméstica del *Reich*); y Rusia debía movilizarse lentamente, hipótesis que San Petersburgo intentó superar con las premovilizaciones.

En 1914 la nueva estrategia llevó la guerra al frente occidental cuando ni Francia ni Alemania tenían ningún interés inmediato en la crisis balcánica. Es paradójico, y trágico, que el plan Schlieffen hiciera necesaria una guerra en dos frentes, exactamente el escenario que Bismarck y Moltke buscaban evitar. Taylor arguye que habría sido mejor para Alemania atacar a Rusia, respetar la neutralidad belga, con lo que se habría podido asegurar a su turno la neutralidad inglesa, y eventualmente negociar condiciones de paz con una Francia aislada (Taylor, 1954, p. 549). Con todo, la nueva estrategia estuvo a punto de funcionar, al punto que se requirió de un esfuerzo largamente mayor al previsto por los planificadores franceses para detener el ataque alemán. En 1939, la ofensiva alemana sobre Francia, que pulverizó las defensas fronterizas, se dio tras haber negociado la neutralidad rusa en el frente oriental, señal de que el alto mando germánico había tomado nota de los riesgos de la guerra en dos frentes.

Concentrarse en el plan Schlieffen es indispensable para examinar la crisis y las motivaciones de su actor principal, Alemania, en 1914. Para Berlín, cualquier movilización que eventualmente forzara a Alemania a hacer lo propio contra Francia equivaldría a una guerra general, porque la llevaría a poner en marcha el plan Schlieffen. En puridad, para Alemania no existían dos momentos llamados «movilización» y «ataque»: se trataba de una acción continua, que buscaba sorprender al adversario y lograr una ventaja de tiempo antes de poder reaccionar al ataque germánico. Por ejemplo, Alemania invadió Luxemburgo el 1 de agosto, el mismo día en que se ordenó la movilización. Esta acción continua partía de la percepción en Alemania de que se perdería la ocasión para la victoria, y se crearía un grave riesgo para el país,

al dar tiempo a que la Entente movilizara sus ejércitos mucho más numerosos (Van Evera, 1984, pp. 92-93). En suma, el plan Schlieffen era el gatillo para la guerra. Y el percutor sería Alemania. Lo que resta definir es quién tiró del gatillo: si fue una decisión del gobierno alemán o si Alemania fue empujada a ello por la inflexibilidad de sus eventuales contendientes en la guerra.

La pregunta que sigue a este razonamiento —por ejemplo, si sabían los actores de 1914 que la movilización significaría guerra— no ha hallado una respuesta de consenso. Marc Trachtenberg es uno de los pocos autores que sostiene sin ambages que Rusia lo sabía y asumió los riesgos en su «provocación» sobre Alemania, pero la mayoría es más ambigua al respecto (Trachtenberg, 1990-1991, pp. 120-150)<sup>15</sup>. No existe evidencia convincente de que en 1914 se iniciara una guerra preventiva a instancias de los generales alemanes. Como señalan Williamson y May, los Estados mayores en cada país deben pensar en hipótesis de guerra, hablar de guerra, prepararse para la guerra; pero ello es distinto a hacer la guerra. Existen características de la Alemania de 1914 que hoy son poco atractivas: un káiser veleidoso con el poder constitucional de decidir sobre la guerra, un militarismo que permeaba prácticamente cada aspecto de la sociedad alemana, un sistema político groseramente antidemocrático y una turbulenta sociedad agrario-industrial. Pero, pese a ello, y pese al debate sobre el significado de la movilización, las acciones de Berlín en la crisis de julio de 1914 fueron mucho más contenidas que las de Viena o San Petersburgo (Williamson & May, 2007, p. 366). Además, es un error deducir intenciones políticas de los planes militares. Los planes son precauciones, no guiones para la agresión (Taylor, 1954, p. 13). Luego de la respuesta serbia, en Alemania hubo incluso intentos de mantener la paz, primero, por parte del káiser, y posteriormente del canciller Theobald von Bethmann-Hollweg: «se había abierto una fisura en la estructura

---

<sup>15</sup> Confróntese Van Evera (1984, p. 94).

de toma de decisiones alemana. El punto de vista del soberano no calzaba con el de los más importantes tomadores de decisiones políticas. Pero la fisura fue cerrada pronto» (Clark, 2013, pp. 523 y 524).

Con todo, un mes después del inicio de la crisis, cuando ya la guerra había comenzado, Austria y Serbia, los contendientes originarios, eran jugadores menores. Por ello, ya analizados los intercambios entre Berlín y Viena, corresponde concentrarse en la Entente Cordial, y cómo la actitud de sus integrantes ante la nueva crisis balcánica exacerbó el conflicto. Hay que recordar que, si bien se suele hablar de dos coaliciones contrapuestas en la Europa de inicios del siglo XX, a diferencia de una alianza, la entente se basaba en lazos más informales que no incorporaban obligaciones internacionales. Es por ello que existía una mayor preocupación en Francia y Rusia sobre la fiabilidad del compromiso británico, que entre Alemania y Austria respecto del cumplimiento de su deber de asistencia recíproca.

Es importante precisar que, respecto a la relación entre las acciones alemanas y las rusas, el consenso historiográfico parece dividirse en dos campos. A menudo se ha recurrido a tomar partido por alguna de estas posiciones, como ya se explicó líneas arriba sobre las narrativas acusatorias. Sin embargo, en este ensayo se ha preferido buscar comprender cómo operaron conjuntamente los diversos Estados beligerantes y sus respectivos gobernantes, el *quid* del asunto en el problema histórico de cómo se llegó a la guerra en 1914. En palabras de Van Evera:

Si uno acepta el punto de vista [...] de que los objetivos de Alemania eran agresivos, uno enfatizará el rol del culto [de la ofensiva] que alimentó el expansionismo alemán, el pensamiento alemán sobre las ventanas de oportunidad, y la habilidad alemana de catalizar una guerra a la par que escondía su responsabilidad al provocar un ataque preventivo de sus adversarios. Si uno considera que Alemania fue menos agresiva, se concentrará en el rol de los incentivos para un ataque preventivo en el impulso a las decisiones rusa y francesa de movilizarse, el fracaso británico en detener

a Rusia y advertir a Alemania, el alcance y la irreversibilidad del *fait accompli* austro-alemán y los varios otros errores de los estadistas (1984, pp. 105-106).

De este modo, existe una relación inversa entre la percepción de la responsabilidad rusa y la alemana. Cuando los historiadores partían de la premisa de la culpa de Alemania, establecida en el tratado de Versalles, se tendía a asumir que las acciones rusas eran una respuesta a la beligerancia de Berlín. Al contrario, quienes cuestionan el veredicto de 1919 arguyen que las elecciones realizadas en San Petersburgo fueron decisivas para el inicio de la conflagración. Hoy, asumiendo que las consideraciones sobre culpa son inadmisibles, se puede intentar buscar una explicación que incorpore las acciones de ambas potencias sin premisas que las tergiversen. Sin embargo, a diferencia de los archivos puestos a disposición de los historiadores por las otras potencias, en el caso ruso las limitaciones de acceso al acervo documentario han impedido considerar por qué la respuesta rusa en 1914 fue tan agresiva en comparación con las crisis previas.

Debe tenerse en cuenta que la derrota rusa en la guerra con Japón de 1904-1905 supuso un trauma para el imperio zarista: era la primera potencia europea en ser derrotada por una de las naciones emergentes de ultramar, con excepción del caso de la débil España frente a EE.UU. La mala conducción de la guerra, y la eventual derrota, fue una de las causas de la revolución de 1905, diez meses de desorden iniciados con la masacre del Palacio de Invierno en enero, con crecientes desmanes y revueltas en la primavera y verano boreales, para llegar a la ola de huelgas de octubre, hicieron posible lograr la promesa de Nicolás II de una constitución liberal y la formación de los primeros *sóviets* —asambleas— de obreros (Carr, 1977, pp. 57-80; Figes, 1998, pp. 173-212).

En términos relativos, en 1914 era sumamente difícil evaluar el poder ruso, aunque la idea de su gran capacidad demográfica era persistente. Sin embargo, pese a que su ejército tenía más de un millón de soldados y cinco millones de reservistas, su atraso económico e industrial

era un lastre considerable. Los cimientos del Estado y la sociedad rusos no eran suficientes para cubrir las necesidades de una guerra entre grandes potencias por mucho tiempo y, pese a la expansión de su capacidad industrial durante la Gran Guerra, los desbalances entre los requerimientos militares y la estabilidad económica y social fueron muy severos para una nación con el estado de desarrollo de la Rusia de 1914-1918 (Kennedy, 1984, pp. 16-17). De hecho, sí era conocido que la política interna rusa se iba volviendo cada vez más inestable y para el imperio ruso la guerra fue finalmente un factor desencadenante de la revolución de 1917. Como recuerda McMeekin, la Gran Guerra y la Gran Revolución deben ser estudiadas conjuntamente.

Entre las preguntas sobre el rol del gobierno ruso en la gestación de la crisis que la historiografía no ha logrado responder están: i) ¿qué tanto conocía San Petersburgo del plan para asesinar a Francisco Fernando, y su grado de control sobre el terrorismo nacionalista serbio?; ii) ¿cuál era el tenor de la visita de Estado del presidente francés a mediados de julio?; iii) ¿por qué el 24 y 25 de julio Rusia inició los preparativos para la movilización, sin conocer la respuesta serbia? y iv) ¿la movilización total del 30 de julio fue decidida con el objeto de iniciar una guerra general?<sup>16</sup>. En los párrafos siguientes se analizarán las dos últimas cuestiones, porque son las más relevantes para el inicio de la guerra, especialmente vistas en contraposición a las acciones de Berlín.

Pese a las dificultades para comprender el proceso de toma de decisiones en el imperio ruso, se sabe que antes del vencimiento del plazo del ultimátum austriaco sobre Serbia (notificado el 23 de julio, con vencimiento en 48 horas), el Consejo de Ministros ruso, en una reunión del 24 de julio, tomando en cuenta la amenaza del establecimiento de un protectorado de Austria sobre Belgrado y el apoyo alemán a los Habsburgo, había decidido apoyar a su satélite eslavo con una postura

---

<sup>16</sup> Para esta sección sobre las acciones rusas durante la crisis de julio de 1914, ver Lieven (1983, citado profusamente en Williamson & May, 2007, pp. 367 y ss.).

firme antes que conciliadora<sup>17</sup>. Esa actitud aseguraba un eventual choque con Viena y hacía muy probable el conflicto con Berlín. En parte por las consideraciones de la amenaza austriaca sobre Serbia, en parte para solucionar el problema de la lentitud del transporte ruso, San Petersburgo ordenó la movilización preliminar antes de conocer la respuesta serbia a Austria, el 25 de julio, la cual fue ejecutada en la madrugada del 26 de julio: se tomaron pasos como el llamamiento del personal ferrocarrilero, el traslado de tropas hacia las fronteras con los Habsburgo y Alemania y la activación de parte de las reservas. Estas acciones, ordenadas antes de que se conociera la respuesta serbia al ultimátum austriaco, fueron las más significativas de entre todas las potencias hasta esa fecha.

La orden rusa de movilización general del 30 de julio fue posterior a la declaración de guerra austriaca sobre Serbia del 28 de julio y al intercambio de fuego cerca de Belgrado el 29 de julio, pero fue la primera entre todas las potencias. La movilización fue impulsada por los reportes exagerados de las acciones austriacas sobre Belgrado y la advertencia alemana a San Petersburgo de que la continuación de la movilización parcial rusa del 29 de julio recibiría una respuesta armada. Sin embargo, Lieven sostiene que las acciones de Rusia no precipitaron la guerra, sino que fueron la respuesta al apoyo alemán a Austria y que era conocido que ningún gobierno ruso podría aceptar que se humillara a Serbia. A su entender, el tamaño de Rusia y la lentitud de su sistema ferroviario hacían necesaria la movilización temprana, del mismo modo que la posición amenazante de Alemania hizo lo propio con la movilización general.

Luego de 1991, tras la disolución de la Unión Soviética, aparece evidencia en los exarchivos soviéticos de que Rusia pudo haber otorgado a Serbia otro «cheque en blanco», dejando a Belgrado en la misma libertad de actuar que Austria. Adicionalmente, la movilización general rusa

---

<sup>17</sup> Se continúa con las referencias a Lieven (1983).

fue anterior a cualquier acción militar alemana (confróntese Cimbala, 1996, pp. 382-390), mientras Berlín permanecía a la espera de una definición de la posición británica para decidir la propia. Pero, una vez movilizado el ejército ruso, Alemania no tenía más opciones que seguir con lo establecido en el plan Schlieffen: invadir Bélgica para marchar sobre Francia. El 30 de julio significó el cruce del Rubicón para Rusia —y con ella, para toda Europa continental—, con lo cual se agotó cualquier posibilidad de resolver pacíficamente la crisis.

Por su parte, Francia vio en la crisis serbia la mejor garantía de que Rusia efectivamente la apoyaría en una guerra con Alemania. Tradicionalmente se ha asumido que las decisiones clave se tomaron en Berlín, Viena y San Petersburgo, y se le ha dado a París un rol secundario en la crisis. El gobierno francés se habría dedicado a asegurar el apoyo británico, a intentar contener a Rusia para evitar una guerra general y a lograr la unidad nacional para cuando llegara la guerra (Kiesling, 2003, pp. 227-265). De hecho, si bien no le fue posible contener a Rusia, el presidente francés, Raymond Poincaré, tuvo éxito tanto en asegurar la intervención británica, como el apoyo transversal de la sociedad francesa, al mantener una posición defensiva frente a las tropas alemanas desplegadas en la frontera, ordenando a las tropas francesas que se mantuvieran en territorio galo (Williamson & May, 2007, p. 377).

Sin embargo, hubo ocasiones en las cuales Francia fue influyente. Entre los líderes de 1914, el presidente Poincaré fue el gobernante con el mayor grado de control sobre su propio gobierno. Aprovechando ese poder, se dedicó a fortalecer la Triple Entente entre 1912 y 1914, con medidas como su visita de Estado a San Petersburgo, la coordinación del planeamiento militar con los rusos, y el bloqueo —a pedido de Rusia— del acceso austriaco a los mercados financieros franceses, con lo que se posicionó a la Entente como el enemigo axiomático de la alianza alemán-austriaca (Williamson & May, 2007, p. 374). Su mayor contribución al fortalecimiento de la alianza fue su oposición en 1912 a la propuesta del general Joffré, jefe del ejército francés, de diseñar

un plan que violara la neutralidad belga. De acuerdo con el presidente, ello era inaceptable porque alienaría a los ingleses, al apartarlos de la Entente Cordial. Si se parte de la premisa de la ambigüedad británica frente a los dos bloques de alianzas en la Europa de 1914, puede decirse que el presidente francés exhibió una comprensión de las motivaciones e intereses ingleses de la cual carecieron los políticos alemanes. Esta diferencia fue fundamental para asegurar el alineamiento británico con los rusos y franceses frente a Alemania y Austria<sup>18</sup>.

Respecto al Reino Unido, jamás se ha sugerido que la política exterior británica haya causado la Gran Guerra, pero sí se han cuestionado desde diversos puntos de vista las decisiones adoptadas por el gobierno inglés. La posición de Londres solo puede ser entendida desde el punto de partida de su «espléndido aislamiento», observando desde las gradas las luchas entre las demás potencias e interviniendo solo cuando se necesitaba su mediación o su balanceo de poder para resolver alguna de las periódicas crisis internacionales. El ascenso alemán tras la unificación de 1871 progresivamente fue llevando a Londres a abandonar su aislamiento voluntario, dados los constreñimientos que el cambio en las posiciones relativas de poder ocasionaron en la política internacional.

Al analizar la correlación de fuerzas entre Inglaterra y Alemania se suele partir de la premisa de que el poder naval británico se veía amenazado por el ascenso alemán. Alemania había generado una actitud hostil en la opinión pública inglesa al iniciar en 1897 la construcción de una gran flota naval que pudiera, eventualmente, hacer frente a la británica. Ello motivó una honda preocupación en la opinión pública y el gobierno británicos, que respondieron a la amenaza alemana con la construcción del acorazado Dreadnought en 1906, un nuevo tipo de buque de guerra que contaba con innovaciones como la mayor eficiencia de los motores de turbina, la protección más efectiva de los

---

<sup>18</sup> Para los planes militares franceses, veáse Doughty (2003, pp. 143-174); para el plan de atacar Bélgica antes que Alemania, Doughty (2003, pp. 155-156).



acorazados y la capacidad de llevar más cañones, todo lo cual garantizaba la superioridad naval inglesa. La competencia generó enemistad y sospecha entre ambos países, porque la postura alemana se explicaba bajo dos hipótesis: o era un intento de Berlín por aumentar su poder frente a otras potencias, y un desafío directo a la supremacía británica; o era un requisito para que la potencia emergente pudiera tener un rol mayor en la política internacional acorde con sus capacidades (Mombauer, 2002, p. 6).

Esa distinción era irrelevante para Inglaterra. En términos prácticos, el peligro jamás fue que Alemania se propusiera tomar el lugar del Reino Unido como potencia global, sino que la retórica agitadora del nacionalismo alemán rápidamente degeneró en la anglofobia. El almirante Alfred von Tirpitz, artífice de la expansión naval alemana, negaba que se buscara la capacidad de derrotar a los ingleses, sino que el objetivo germánico era ser una fuerza suficientemente disuasoria como para lograr sus ambiciones coloniales. Pero los legítimos intereses navales alemanes eran una necesidad marginal dada su posición continental, mientras que el Imperio británico dependía por completo de su control sobre las rutas marítimas. El poderío naval, que para Berlín era un símbolo de su estatus internacional, era para Londres un asunto de vida o muerte (Hobsbawm, 1989, pp. 319-320).

El argumento puede ser deconstruido si se lo presenta como una narrativa sobre la decadencia del Imperio británico que requirió la invención de Alemania como un enemigo del Reino Unido (Wilson, 1985, p. 115). Si bien era esperable que el poder alemán fuera una pre-ocupación, el *Foreign Office* sistemáticamente ocultó ciertos aspectos de la política exterior alemana que iban a contramano con esta invención: su aislamiento, su amor propio herido, sus legítimas aspiraciones a una mayor predominancia internacional y su nerviosismo y ansiedad ante el deterioro de su posición internacional. El carácter hegemónico alemán habría sido así una construcción londinense: la idea de la amenaza germánica servía a la vez para ocultar la debilidad británica

y para aumentar el temor a Alemania. Las ententes con Francia y Rusia, acordadas porque Inglaterra ya no podían mantener por sí mismas su posición internacional frente a nuevos actores como Estados Unidos, Japón y Alemania, encontraron en la amenaza germánica una *raison d'être* más respetable que el deseo de aferrarse al poder que se iba perdiendo. Incluso Alemania cooperó con ello, al concentrar su producción armamentística en la mayor fortaleza británica, la armada, con lo cual coadyuvó a presentar al Reino Unido como un aliado valioso para Francia y Rusia.

Henry Kissinger sostiene, en su análisis del periodo, que cualquier acción militar, especialmente una de Alemania contra Bélgica, habría llevado necesariamente a una intervención británica en el continente, lo que debió ser considerado y evaluado por Berlín al decidir ignorar la neutralidad belga (1994, p. 207). De este modo, la entrada de Inglaterra en la guerra en defensa de Bélgica habría sido inevitable, dado el imperativo estratégico inglés de prevenir que alguna potencia continental dominara la salida del río Escalda al canal de la Mancha y se convirtiera en una amenaza directa al poder naval inglés. Pero debe recordarse que el Reino Unido era la única gran potencia que debatió su entrada a la guerra en su parlamento, además de ser el único Estado que no veía su integridad territorial amenazada con los sucesos en el continente (Strachan, 2001, p. 93). Si bien la política exterior del ministro de Relaciones Exteriores, Edward Grey, había establecido vínculos activos con Francia y Rusia que incluían intercambios navales y militares, forjando así expectativas de un compromiso permanente, solo una minoría en el gobierno británico compartía ese punto de vista. Así, en julio de 1914 no había en Londres un nivel de consenso apropiado para justificar las hostilidades. De hecho, Ferguson no ve razones fundamentales para el involucramiento británico en la guerra: aunque las circunstancias hacían altamente probable su participación, este no era un resultado necesario (1998, p. 168).

Fueron finalmente la incursión alemana en Bélgica y la voluntad belga de defender su neutralidad las que lograron el consenso en Londres, uno de varios escenarios posibles, uniendo a liberales y conservadores en una guerra que pensaban que obedecía a los intereses británicos, en especial los marítimos. De hecho, Grey sostuvo que la actuación inglesa sería solo en el mar, sobre la base de los acuerdos navales de 1912 con Francia (Strachan, 2001, p. 98). Nunca se pensó que miles de jóvenes ingleses cruzarían el canal para morir defendiendo las líneas francesas ante el avance alemán. Esto, evidentemente, solo se pudo saber luego de la guerra: era imposible que el gabinete británico lo contemplara cuando decidió intervenir en ella.

Tras años de crisis y tensiones crecientes, solucionadas en conferencias internacionales a través de la diplomacia, en solo diez días —desde el ultimátum del 23 de julio hasta la declaración de guerra de Alemania contra Rusia del 1 de agosto— la guerra se había iniciado y todas las potencias europeas participaban en ella. En puridad, faltaba la agresión alemana contra Bélgica, el 4 de agosto, que involucraría a Inglaterra y aseguraría la participación francesa, pero los niveles crecientes de tensión prácticamente habían garantizado una guerra general. Pese a la percepción generalizada de que el conflicto sería corto, impulsada por las conclusiones de los planes de guerra de cada una de las potencias, para setiembre de 1914 Alemania había sido detenida en el Marne y el 1 de noviembre Turquía cerró los estrechos, lo cual llevó a la conflagración a un punto muerto. Ambas fueron las puntillas finales, nada más iniciarse la guerra, para la monarquía militarista alemana y el atrasado imperio ruso: no habría victoria rápida, «antes de Navidad», para Alemania; y Rusia quedaba aislada, incapaz de apoyar a sus aliados y a la espera de ser salvada por ellos. El plan Schlieffen había fracasado y la Entente había quedado físicamente dividida. El conflicto que se inició en los Balcanes debería ser definido en la línea de trincheras en el oeste de Europa. La carnicería había comenzado.

En esa situación, las potencias comenzaron, recién, a reflexionar sobre sus objetivos en la guerra: «ninguna había entrado a la guerra con un objetivo definido, excepto la victoria. Se esperaba que la victoria proveyera una política; de hecho, la victoria era la política» (Taylor, 1954, p. 535). De acuerdo con Kissinger, en la Primera Guerra Mundial las acciones militares carecieron de objetivos políticos específicos. En ella se combatió para fortalecer las alianzas, para probar la fiabilidad de sus integrantes y no porque se diera un *casus belli* según los acuerdos correspondientes (Kissinger, 1994, p. 200). Esta es la opinión prevalente en la historiografía de la Primera Guerra Mundial: las potencias intervinientes no tuvieron objetivos para ir a la guerra y actuaron reactivamente frente a las acciones de las otras.

Un reciente trabajo sugiere revisar este punto de vista, afirmando que Rusia tenía objetivos claros que la llevaron a presionar en el contexto de la crisis de 1914 para desestabilizar la política internacional y beneficiarse con el control de los estrechos que comunican el Mar Mediterráneo y el Mar Negro. Al respecto, se propone concentrar la mirada en la situación en Europa oriental, el Cáucaso y el Cercano Oriente, escenarios en los cuales la descomposición del Imperio otomano generó imprevisibilidad sobre los territorios que iban siendo liberados y sobre los cuales las potencias tenían diferentes intereses. Así, la Gran Guerra podría ser considerada como la «guerra de la sucesión otomana», que reformó completamente la estructura sociopolítica del Mediterráneo oriental y el occidente de Asia (McMeekin, 2011, p. 4).

La realidad era que la «cuestión de Oriente», por ejemplo, las perturbaciones en el sistema internacional provocadas por las demandas de autonomía e incluso independencia de los territorios del Imperio otomano en Europa y su periferia, nunca se refirió a los Balcanes, sino a la lucha por la herencia otomana. Ella incluía especialmente el control de los estrechos que unen el Mar Negro con el Mar Mediterráneo, la mayor prioridad para la política exterior rusa dada su descomunal importancia estratégica, tanto militar como económica. Sin embargo, la gestación

y conducción de la guerra fue eminentemente europea. Como señaló un funcionario ruso, la ruta a Constantinopla pasa por Viena y Berlín (McMeekin, 2011, p. 6). De hecho, la cuestión de Oriente era uno de los asuntos típicamente incluidos en la agenda de la política internacional y pese a haber generado una larga sucesión de crisis internacionales, nunca había escapado al control de las grandes potencias (Hobsbawm, 1989, p. 303). Para Inglaterra habría sido intolerable un eventual control ruso de los estrechos, objetivo que Rusia, su aliada, difícilmente podría haber satisfecho dada la debilidad de su flota naval, en especial tras la derrota con Japón. Puede que las acciones rusas hayan sido un factor de desestabilización en la política internacional (especialmente las oportunidades elegidas para sus tres movilizaciones —preliminar, parcial y total—), pero, de acuerdo con la información disponible, la conducta de San Petersburgo en la crisis de julio de 1914 no parece indicadora de una voluntad, ya no se diga de la posibilidad, de controlar los eventos y generar una conflagración en la que difícilmente podría vencer. Como ya se indicó, la Rusia de 1914 era débil militarmente y se encontraba muy convulsionada políticamente, al punto de que tan temprano como el 1 de noviembre quedó aislada de sus aliados cuando Turquía cerró los estrechos.

Es más provechoso recordar que al iniciarse la Primera Guerra Mundial la naturaleza de la guerra había sufrido cambios sumamente trascendentes en su filosofía y su ideología; por ejemplo, en su justificación (el por qué) y objetivos (el para qué). En el auge de la Guerra Fría, Raymond Aron explicó el paso de la guerra limitada, sujeta a fines políticos específicos y delimitados, a la guerra total (Aron, 2003, cap. 2)<sup>19</sup>. El hito fundacional fue la política exterior napoleónica de inicios del siglo XIX, que supuso un grave cuestionamiento a la guerra limitada porque buscaba establecer un imperio, estructura política que genera

---

<sup>19</sup> Aron desarrolló con mayor profundidad sus comentarios sobre Clausewitz en *Clausewitz, philosopher of war* (1985).

que los vencidos no acepten su derrota e imposibilita una negociación que ponga fin a la beligerancia<sup>20</sup>. Al contrario, la ya citada unificación alemana, a través de tres guerras focalizadas, es un buen ejemplo de sujeción de la guerra a lo político, pues sirvió a los planes prusianos en torno a objetivos concretos. El trío de guerras orquestadas por Bismarck constituyen el mayor éxito de las acciones bélicas subordinadas a la política, de la guerra como herramienta política. La guerra total llegaría a su cénit con la Segunda Guerra Mundial, en la cual la victoria fue definida como la *absoluta* e incondicional rendición del enemigo<sup>21</sup>.

Este nuevo tipo de guerra llevada a cabo con ambiciones infinitas, sin objetivos específicos o limitados, hizo imposible que los líderes de los Estados beligerantes pudieran negociar el fin del conflicto que estaba destruyendo la sociedad, la cultura y la economía de sus países (Hobsbawm, 1995, p. 29).

Cuando se inició la Gran Guerra, las expectativas de los beligerantes, ya no se diga objetivos, no tenían fin: la destrucción absoluta del enemigo era la única *forma* de la victoria. Conforme proseguían las campañas militares sin un resultado decisivo, los intentos de negociación llegaban siempre al mismo punto muerto: lo que era aceptable para una parte significaba la derrota para la otra. Ninguna aceptaría los términos propuestos sin una derrota militar, en cuyo caso era innecesario llegar a un acuerdo porque la victoria decisiva que se necesitaba para aceptar el cese de las hostilidades sería seguida por una paz dictada, como efectivamente sucedió en 1919 (Taylor, 1954, p. 552).

---

<sup>20</sup> Como señala Kissinger, el ideal imperial siempre será resistido porque supone la eliminación total de los adversarios y, con ellos, la del sistema internacional, reemplazando a la pluralidad de actores por un actor único. De lograrlo, la política internacional cesa y es sustituida por la política interna (1994, p. 20). Estas consideraciones son un tema fundamental en las relaciones internacionales, que presuponen una pluralidad de actores internacionales.

<sup>21</sup> Concepto atribuido a Franklin D. Roosevelt pero aceptado por Winston Churchill y Josef Stalin, los otros líderes aliados, tras la Conferencia de Casablanca. Ver Balfour (1970, pp. 719-736).

Es sumamente probable que a inicios del siglo XX este cambio en la naturaleza de la guerra no fuera percibido como un problema, sino que calzaba con la concepción darwinista de lucha entre las naciones y las mitologías construidas para consolidar los nacionalismos. De este modo, tras siglos de civilización, se había vuelto al discurso de Calgaco: «a robar, asesinar y asaltar llaman con falso nombre imperio, y paz al sembrar la desolación» (Hobsbawm, 1995, p. 29).

## **6. LAS PERCEPCIONES Y LA GUERRA: LOS SUPUESTOS NO EXPLÍCITOS**

Antes de revisar las consecuencias de la guerra es pertinente volver a recordar que para evitar el anacronismo —aquel gran tergiversador— se debe pensar 1914 desde la forma de ver el mundo de 1914, tarea que se ha pretendido llevar a cabo en este trabajo. A continuación se hará un breve repaso de algunas valiosas contribuciones de la historiografía al respecto.

En 1968, James Joll invocó a examinar los «supuestos no explícitos» de 1914, entre los cuales citó la suposición de que el patriotismo motivado por la guerra podría servir como un desfogue para las tensiones de la política doméstica; la percepción de que con la llegada de la política de masas los gobiernos se encontraban sujetos a los deseos y expectativas de las muchedumbres; y la creencia proveniente del darwinismo social de la inevitabilidad del conflicto, incluso planteando que era visto como necesario para purificar a la sociedad (Joll, 1968, citado en Williamson & May, 2007, p. 336). Estos factores constituyen premisas sobre las cuales deben matizarse las apreciaciones sobre 1914. En efecto, buena parte de la población y de las élites vivían en un mundo modelado por esas creencias, sin poder apartarse de ellas por la evidente falta de distancia histórica. Las causas de la Primera Guerra Mundial presentadas en cien años de historiografía no han sido suficientes porque cada una de ellas requiere una «iluminación perceptual»

para comprender la marcha hacia la guerra desde el punto de vista de las sociedades y las élites de los Estados intervinientes en ella (Deschênes, 2002, pp. 373-375). Por ejemplo, a partir de los conceptos propios del darwinismo social es posible concluir que el nacionalismo alemán y los estereotipos raciales llevaron a los tomadores de decisiones en Berlín a ver la guerra como una necesidad aceptable que traería unidad doméstica, curaría a la sociedad de sus imperfecciones y detendría la amenaza del nacionalismo eslavo. Existía en Alemania la percepción de que había una guerra entre dos razas, identificadas en el germanismo y el eslavismo, lo que es consistente con la idea recurrente de una nación germánica encerrada en un «círculo de hierro» eslavo (Lindemann, 2001, citado en Williamson & May, 2007, p. 338).

Adicionalmente, se ha propuesto que las potencias beligerantes eran sociedades con valores distintos a los de los historiadores que las estudiaron tras décadas de cambios económicos y sociales, quienes no han comprendido, o no han entendido bien, el mundo de 1914. Entre estos valores destaca el honor, objeto de un trabajo fascinante de Avner Offer, quien sostiene que cuando este era afectado, el cálculo racional y los modelos de toma de decisiones eran dejados de lado (Offer, 1995, pp. 213-241). Así como un individuo ofendido ponía su vida en riesgo en un duelo, las naciones respondían al mismo principio. Por ejemplo, el honor alemán estaba en juego luego de que Berlín le ofreciera a Viena el «cheque en blanco»: la guerra era un deber, una función del honor.

Keegan ha indagado sobre los terribles desafíos que la batalla demanda de los hombres. En 1415, los soldados que participaban en la batalla de Agincourt podían correr hasta la siguiente colina para salvar sus vidas; en Waterloo, cuatrocientos años después, los soldados de a pie podían llegar un día tarde; pero en el Somme, el soldado ya no podía huir de la guerra. La industrialización de la guerra había llenado el aire encima de las trincheras con proyectiles letales. La muerte en masa, tanto en el Somme como en Verdún, llevó a los soldados a los límites de la resistencia humana, sin que las batallas de la guerra



de 1939 pudieran replicar el horror —con la posible excepción de Stalingrado— (Keegan, 1976). Esta constatación se presenta hoy en la diferencia entre el partisano oculto en las montañas y el yemení o el pakistaní que será ejecutado por aviones no tripulados. Es en estos contrastes que la Gran Guerra es vieja pero a la vez es moderna.

Los estudios sobre el contexto social y psicológico de las sociedades de la época, concentrados en cómo eran percibidos los sucesos que llevaron a la Gran Guerra, no han tenido muchas contribuciones, pero las existentes son sumamente novedosas y cuestionan ciertas premisas historiográficas (Williamson & May, 2007, p. 337).

Entre ellas, destacan trabajos que cuestionan el cliché del apoyo popular a la participación de Francia y Alemania en la guerra. Existe evidencia de que el entusiasmo de la sociedad francesa por la guerra tenía grandes variaciones entre una región y otra, así como entre las áreas rural y urbana. Recién se dio un apoyo generalizado cuando el presidente Poincaré tuvo éxito en presentar a Alemania como el agresor. Igualmente, se ha encontrado que la cobertura de prensa alemana combinaba editoriales que tendían a un apoyo a la guerra, que apelaban al patriotismo, con reportes noticiosos sobre masivas manifestaciones antibélicas organizadas por los socialistas. Más aún, si bien cuando treinta mil personas esperaban en las calles de Berlín la respuesta serbia al ultimátum austriaco, la prensa conservadora proclamó un espíritu de unidad a lo largo del país; en los días posteriores hubo reportes de temor y pánico entre la población. Es innegable que hubo una exaltación patriótica que llevó a cincuenta mil personas al palacio del káiser el 1 de agosto en una manifestación festiva, que 185 000 alemanes se enlistaron en ese mes de agosto y que el canciller Bethmann pudo gobernar sin oposición significativa desde la izquierda. Pero el entusiasmo por la guerra, y el apoyo a los gobiernos, ha sido muy exagerado tanto en los reportes de la época como en las décadas posteriores<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> Para un balance sobre las percepciones y actitudes del pueblo alemán respecto a la Gran Guerra y el ascenso del nacionalsocialismo, ver Fritzsche (2006).

Los gobiernos intervinientes en la Gran Guerra gozaron del apoyo de sus pueblos, una rareza en la historia comparada. Es conocido que hubo opositores a la guerra, quienes consideraban que era un conflicto «imperialista» y se declararon pacifistas. Sin embargo, estuvieron dispuestos a defender el territorio nacional cuando se vio amenazado por otro país (Ferro, 2003, pp. 43-44). El gobierno extranjero o la clase propietaria eran los imperialistas, pero jamás el propio pueblo o la clase trabajadora nacional<sup>23</sup>. Las demandas patrióticas acentuaban la responsabilidad de los dirigentes nacionales, por lo que se recurrió a hacer recaer la culpa en los estadistas de los países enemigos. Así, para los dirigentes y los pueblos la guerra de 1914 obedecía a cierto tipo de fatalidad, lo que explicaría su carácter de lucha entre la vida y la muerte (Ferro, 2003, p. 45). De este modo, el llamamiento de los gobiernos europeos a las armas obtuvo una sorprendente respuesta por parte de los pueblos. Una extraordinaria ola de patriotismo llevó a más de veinte millones de personas a ser muertas o heridas. Como afirma Hobsbawm: «en 1914, los pueblos de Europa, aunque fuera por un momento breve, marcharon muy a la ligera a asesinar y ser asesinados» (1989, p. 326).

## 7. CONCLUSIONES

La guerra llegó a un punto muerto rápidamente, sin que los gobiernos de las potencias lo percibieran. Hoy sabemos que a los cuatro meses de iniciada, en noviembre de 1914, los muchachos ya no podrían volver a casa para la Navidad, que los soldados se instalarían en sus trincheras, entre el lodo, las ratas y el gas mostaza, a esperar el momento en el cual deberían cargar contra las ametralladoras que cegarían sus vidas, día tras día, durante cuatro años. Una generación de jóvenes europeos fue cruelmente diezmada, mientras se sembraban las semillas de los grupos

---

<sup>23</sup> La pretensión de, entre otros, Lenin y Luxemburgo de una solidaridad de clases a nivel internacional es discutible.

nacionalistas integrados por excombatientes que habían visto el horror y que cuestionarían, desde la virilidad y las emociones, la debilidad de las democracias liberales basadas en la razón, lo cual desencadenó las derivas totalitarias que llevaron a la Segunda Guerra Mundial<sup>24</sup>. En 1914 no se sabía que todavía faltaban cuatro años más de mortandad y menos aún que veinte años después proseguiría la catástrofe, con nuevas modalidades de causar la muerte. La revolución industrial no solo había creado la fábrica, sino también el matadero en serie. En palabras de Erich María Remarque:

Soy joven, tengo veinte años de edad, y sin embargo no conozco nada de la vida más que desazón, muerte, miedo y superficialidad fatua arrojada sobre un abismo de pesar. Veo cómo los pueblos son lanzados uno contra el otro y, en silencio, sin darse cuenta, tontamente, obedientemente, inocentemente, se asesinan entre sí. Veo a las mentes más brillantes del mundo inventar armas y palabras que lo hacen todo más refinado y persistente. Y todos los hombres de mi edad, aquí y allá, alrededor de todo el mundo, ven estas cosas; toda mi generación está experimentando estas cosas conmigo. ¿Qué harían nuestros padres si súbitamente nos pusiéramos de pie delante de ellos y presentáramos nuestro recuento? ¿Qué esperan de nosotros si alguna vez llegase el momento en el que la guerra termine? A través de los años nos hemos dedicado a matar; —fue nuestra primera vocación en la vida. Nuestro conocimiento de la vida se limita a la muerte. ¿Qué ocurrirá después? ¿Y qué será de nosotros? (1975, p. 236).

La pregunta fundamental, la que da origen a cien años de debate historiográfico, tras más de 50 000 volúmenes publicados —a los que debe añadirse los que se publican, como este, en el centenario del inicio de la Gran Guerra— sigue sin respuesta. Hoy se sabe más, pero no es suficiente. Las posibles respuestas siguen girando, sobre todo, en torno

---

<sup>24</sup> Ver al respecto, Reggiani (2010) y Gentile (2007).

a dos ejes: la culpabilidad de alguno de los Estados beligerantes, pese a los hallazgos que parecen desmentir ese tipo de argumento y los problemas metodológicos que plantea; y las dificultades en la administración de una crisis periférica en el «polverín de Europa», los Balcanes.

Los problemas con las narrativas basadas en la culpa ya han sido expuestos en una sección específica de este trabajo, pero se debe reconocer que estas argumentaciones son sencillas, útiles y cómodas. Considerar que «alguien tiene la culpa» y que los demás combatieron al malvado satisface la necesidad de explicar la catástrofe, la mortandad de 1914. Esta visión es un bálsamo que esconde el otro elemento de la alternativa: el horror de que la guerra haya sido en vano, de que los gobernantes de los Estados europeos hayan conducido a sus jóvenes a la muerte sin que se supiera el por qué, sin que ni siquiera fuera posible explicar cómo se tomaron las decisiones que hicieron del siglo pasado el violento siglo XX. A ello sigue lógicamente que la comprobación del horror de las nuevas armas cada vez más destructivas —en Hiroshima y Nagasaki— ha protegido a la humanidad en el mundo de la amenaza termonuclear. Si los gobernantes de 1914 hubieran sabido de la eficacia de las ametralladoras, tal vez habrían retrocedido antes de que se disparara una sola bala. De este modo, la especie humana se ha salvado gracias a la paranoia de la destrucción recíproca asegurada. En el mundo de la guerra total y la victoria absoluta, el único límite es el horror al que se esté dispuesto a llegar, de acuerdo con la tolerancia al sufrimiento o la crueldad del agente.

En este trabajo no se ha pretendido resolver las preguntas planteadas, sino más bien explicar por qué hasta hoy no tienen respuesta. Para ello se han seguido dos líneas argumentativas: rebatir los argumentos empleados más recurrentemente, por ejemplo, el sistema de alianzas que dividió a Europa y las narrativas sobre la culpa; e insistir en la necesidad de ver los hechos de 1914 con los ojos de 1914, concentrándose a partir de ello en los procedimientos de toma de decisiones de los gobiernos

involucrados. Es en el diálogo entre las estructuras —que establecen los condicionantes para las decisiones de los individuos— y las acciones individuales —que pueden confirmar o no las hipótesis estructurales— donde reside una forma más completa y sutil de hacer historia. A la vez, se trata de una historia frustrante, que cuestiona las premisas que se han ido incorporando en el imaginario colectivo sin ofrecer a cambio un paradigma explicativo, y de una historia cuestionadora, que busca las grietas en la coherencia interna de los discursos recibidos.

Es pertinente repasar los principales hallazgos de la historiografía sobre la Gran Guerra. En primer lugar, la constatación de que Serbia no accedió a todos los términos del ultimátum austriaco porque le era política y prácticamente imposible hacerlo. En segundo lugar, el gobierno austriaco buscaba una guerra localizada. Al proseguir con ese curso de acción, acercó al continente a la eventualidad de una guerra general, que dependería de la reacción rusa a un ataque austriaco sobre Serbia. Tercero, cuando el gobierno serbio aceptó todas las condiciones del ultimátum austriaco, excepto la investigación conjunta, el apoyo alemán, el «cheque en blanco», hizo posible que Viena asumiera el riesgo de la guerra continental. Cuarto, Rusia no contempló las consecuencias de sus movilizaciones en el gobierno de Alemania, lo cual coadyuvó a hacer todavía más tensa la coyuntura. Este es el principal argumento de quienes asignan responsabilidad a San Petersburgo por no distender la situación. Quinto, Alemania mantuvo planes de guerra muy rígidos, que incorporaban medidas muy rápidas y agresivas que le restaron capacidad de maniobra diplomática. De hecho, estaban diseñados para operar de ese modo. Por ello, Berlín confió en esperar la posición de Inglaterra para decidir su grado de participación en una eventual guerra. Sexto, la demora inglesa, provocada por la información incompleta y los procedimientos de toma de decisiones propios de una democracia parlamentaria, dejó pasar la oportunidad de contener a Alemania o, al menos, de hacer más acotada la guerra.

Siguiendo a Clark, lo más sorprendente de la Gran Guerra cien años después es a la vez su antigüedad y su modernidad. Se trataba de un mundo organizado políticamente en monarquías hereditarias, con rituales elaborados y uniformes complejos, con sombreros con plumas de avestruz y pensamientos y motivaciones ajenos a los del siglo XXI. Sin embargo, la guerra se inició con un escuadrón suicida y una caravana de automóviles, con una organización terrorista nacionalista basada en un culto de sacrificio, muerte y venganza que operaba en células desagregadas en varios Estados y territorios, con vínculos escondidos con un gobierno que la financiaba y sin rendirle cuentas a nadie. Así, 1914 es más cercano a 2014 que a 1980 (Clark, 2013, pp. xxvii-xxviii). En efecto, las relaciones internacionales en el mundo multipolar que ha seguido a la Guerra Fría se parecen más a las de la Gran Guerra, lo que debería hacer más fácil comprender las dificultades que los tomadores de decisiones enfrentaban en 1914 con la multiplicidad de actores y factores involucrados en la política internacional.

A inicios del siglo XX el mundo había cambiado y las potencias europeas intervinientes en la Gran Guerra no eran conscientes de ello, ni podrían haberlo sido. Para enero de 1918, Europa había dejado de ser el centro de la política internacional. Como señala Taylor, los objetivos de reconquistar Alsacia y Lorena u obtener posesiones africanas eran triviales en el nuevo mundo de dimensiones realmente globales. Por su parte, EE.UU. y la Unión Soviética iniciaron entonces, sin saberlo, una lucha ideológica de carácter universal entre la democracia liberal y el comunismo, entre el idealismo wilsoniano y la revolución como utopías para lograr la paz. El nuevo balance de poder debería ser global y ya no europeo (Taylor, 1954, p. 568). Y la nueva guerra mundial no sería sobre bases nacionales, sino sobre bases ideológicas, con la emergencia del nazismo, el fascismo y el estalinismo. El Cerbero del totalitarismo había sido finalmente liberado.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aron, Raymond (1985). *Clausewitz, philosopher of war*. Nueva Jersey: Prentice-Hall.
- Aron, Raymond (2003). *Peace & War: A Theory of International Relations* (capítulo 2). Nueva York: Transaction Publishers.
- Balfour, Michael (1970). Another Look at Unconditional Surrender. *International Affairs*, 46(4), 719-736.
- Bradshaw Fay, Sidney (1966). *The Origins of the World War*. Nueva York: The Free Press.
- Carr, E.H. (1977). *The Bolshevik Revolution, 1917-1923*. Londres: Penguin.
- Cimbala, Stephen J. (1996). Steering through Rapids: Russian Mobilization and World War I. *Journal of Slavic Military Studies*, 9, 382-390.
- Clark, Christopher (2013). *How Europe Went to War in 1914*. Nueva York: Harper.
- Deschênes, Dany (2002). Ouvrage recensé. Lindemann, Thomas. «Les doctrines darwiniennes et la guerre de 1914». *Études internationales*, 33(2), 373-375.
- Doughty, Robert A. (1914). France. En Richard Hamilton y Holger H. Herwig, *War Planning*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Evans, R.J.W. (2014). The Greatest Catastrophe the World Has Seen. *New York Review of Books*, 61(2).
- Ferguson, Niall (1998). *The Pity of War*. Londres: Allen Lane.
- Ferro, Marc (2002). *The Great War, 1914-1918*. Londres: Routledge.
- Ferro, Marc (2003). *Diez lecciones sobre la historia del siglo XX*. México DF: Siglo XXI.
- Figes, Orlando (1998). *A People's Tragedy. The Russian Revolution: 1891-1924*. Nueva York: Penguin Books.
- Fritzsche, Peter (2006). *De alemanes a nazis*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Gentile, Emilio (2007). *El culto del littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hamilton, Richard F. (2003). The European Wars: 1815-1914. En Richard Hamilton y Holger Herwig, *The Origins of World War I* (pp. 45-91). Nueva York: Cambridge University Press.
- Hamilton, Richard F. & Holger H. Herwig (1964). World Wars: Definition and Causes. En A.J.P. Taylor, *The Origins of the Second World War* (pp. 7-12). Londres: Penguin.
- Hamilton, Richard F. & Holger H. Herwig (eds.) (2003). *The Origins of World War I*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Herwig, Holger H. (2010). Conclusions. En Richard Hamilton y Holger H. Herwig (eds.), *War Planning 1914*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Hobsbawm, Eric (1989). *Age of Empire*. Nueva York: Vintage Books.
- Hobsbawm, Eric (1995). *The Age of Catastrophe. The Short Twentieth Century, 1914-1991*. Londres: Abacus.
- Joll, James (1968). *1914: The Unspoken Assumptions*. Londres: Weindenfeld & Nicolson.
- Käppner, Joachin (2014). «Una sola patria para Europa». *El País*, Madrid, 14 de enero.
- Keegan, John (1976). *The Face of Battle: A Study of Agincourt, Waterloo and the Somme*. Londres: Jonathan Cape.
- Kennedy, Paul (1984). The First World War and the International Power System. *International Security*, 9(1), 16-17.
- Kennedy, Paul (1988). *The rise and fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*. Londres: Unwin Hyman.
- Kiesling, Eugenia C. (2003). France. En Richard Hamilton y Holger H. Herwig. (eds). *The Origins of World War I* (pp. 227-265). Nueva York: Cambridge University Press.
- Kissinger, Henry (1994). *Diplomacy*. Nueva York: Simon & Schuster.



- Laqueur, Walter (2013). Some Damn Foolish Thing. *London Review of Books*, 35(23).
- Lenin, Vladimir (1916). *Imperialism: The Highest Stage of Capitalism. A Popular Outline*. Nueva York: s.e.
- Lieven, D.C.B. (1983). *Russia and the Origins of the First World War*. Nueva York: St. Martin Press.
- Lindemann, Thomas (2001). *Les doctrines darwiniennes et la guerre de 1914*. París: Economica e Institut de Stratégie Comparée.
- Luxemburgo, Rosa (1916). *The War and the Workers*. Leipzig: The Junius Pamphlet.
- MacMillan, Margaret (2013). *The War that Ended Peace*. Nueva York: Random House.
- McMeekin, Sean (2011). *The Russian Origins of the First World War*. Nueva York: Belknap.
- Mombauer, Annika (2002). *The Origins of the First World War*. Londres: Longman.
- Mombauer, Annika (2013). The Fischer Controversy after 50 Years. *Journal of Contemporary History*, 48(2), 231-240.
- Offer, Avner (1995). Going to War in 1914: A Matter of Honor. *Politics & Society*, 23, 213-241.
- Reggiani, Andrés (comp.) (2010). *Los años sombríos. Francia en la era del fascismo*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Remarque, Erich María (1975). *All Quiet on the Western Front*. Nueva York: Little, Brown and Company.
- Stevenson, David (1997). The Militarization of European Diplomacy before 1914. *International Security*, 22, 126-161.
- Strachan, Hew (2001). *The First World War, vol. I: To Arms*, Nueva York: Oxford University Press.
- Taylor, A.J.P. (1954). *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*. Londres: Oxford University Press.

- Trachtenberg, Marc (1990-1991). The Meaning of Mobilization in 1914. *International Security*, 15(3), 120-150.
- Van Evera, Stephen (1984). The Cult of the Offensive and the Origins of the First World War. *International Security*, 9(1), 92-93.
- Williamson, Samuel R. Jr. (1974). Influence, Power, and the Policy Process: The Case of Franz Ferdinand, 1906-1914. *Historical Journal*, 17, 417-434.
- Williamson, Samuel R. Jr. (1988). The Origins of World War I. *The Journal of Interdisciplinary History*, 18(4), 805.
- Williamson, Samuel R. Jr. & Ernest R. May (2007). An Identity of Opinion: Historians and July 1914. *The Journal of Modern History*, 79(2), 345.
- Wilson, Keith M. (1985). *The Policy of the Entente. Essays on the Determinants of British Foreign Policy, 1904-1914*. Londres: Cambridge University Press.